



# LENINISMO

BATALHA DE  
IDEAS

expressão  
POPULAR

tricontinental

LeftWord

## **Lenin 150**

Edición homenaje de Batalla de Ideas (Argentina), Expressão Popular (Brasil), Leftword Books (India) y el Instituto Tricontinental de Investigación Social.

*Para el Camarada Lenin, en su 150 Aniversario*

Traducción: Emiliano López

*Vladimir Ilyich Lenin*

Traducción: A. Herraiz (tomada de la edición de Fundación Editorial El perro y la rana, Caracas, 2017)

*Tres fuentes y las partes integrantes del marxismo*

Traducción: Ed. Progreso (Moscú, 1973)

Corrección: Fernando Vicente Prieto

Diseño de tapa e interior: Daniela Ruggeri

Editor responsable: Fernando Vicente Prieto



editorialbatalladeideas@gmail.com

Batalladeideas.com.ar



batalla.de.ideas



Batalla de Ideas



*Se autoriza la reproducción parcial o total,  
siempre y cuando sea sin fines de lucro y se cite la fuente*

Prashad, Vijay

Lenin 150 / Vijay Prashad ; Vladimir Ilich Ulianov Lenin ; Vladimir Vladimirovich Mayakovsky ; compilado por Vijay Prashad. - 1a ed. - San Telmo / Buenos Aires : Batalla de Ideas ; Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tricontinental Instituto de Investigación Social ; Nueva Delhi : Left Word ; São Paulo : Expressão Popular, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

Traducción de: Emiliano López.

ISBN 978-987-47001-0-0

1. Ciencia Política. 2. Biografías. 3. Homenajes. I. Lenin, Vladimir Ilich Ulianov. II. Mayakovsky, Vladimir Vladimirovich. III. Prashad, Vijay, comp. IV. López, Emiliano, trad. V. Título.

CDD 320.5322

## Contenidos

4

**Para el Camarada Lenin,  
en su 150 Aniversario**

*Vijay Prashad*

15

**Tres fuentes y las partes  
integrantes del marxismo**

*Vladimir Lenin*

24

**Vladimir Ilyich Lenin**

*Vladimir Mayakovsky*

# Para el Camarada Lenin, en su 150 Aniversario

Vijay Prashad<sup>1</sup>

Vladimir Ilyich Ulyanov (1870-1924) fue conocido por el seudónimo de Lenin. Al igual que sus hermanos, fue un revolucionario, lo cual en el contexto de la Rusia zarista significaba pasar largos años en prisión y en el exilio. Lenin ayudó a construir el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia tanto por su trabajo intelectual como organizativo. Los escritos de Lenin no son solo sus propias palabras, sino la suma de las acciones y pensamientos de miles de militantes cuyos caminos se cruzaron. Era la notable habilidad de Lenin para llevar las experiencias de los militantes al ámbito de la teoría. No es de extrañar que el marxista húngaro György Lukács llamara a Lenin «el pensador más grande que haya producido el movimiento obrero revolucionario después de Marx» (Lukács, 2007).

---

<sup>1</sup> Vijay Prashad es el Director del Tricontinental: Instituto de Investigación Social y Director Editorial de *LeftWord Books* (Delhi). Es editor de *Lenin: Selected Writings* (2018). Nueva Delhi: LeftWord Books.

## Construir una Revolución

En 1896, cuando las luchas espontáneas surgieron en las fábricas de San Petersburgo, los revolucionarios socialistas fueron tomados por sorpresa. No sabían qué hacer. Estaban desorientados. Cinco años después, V. I. Lenin escribió: «Los revolucionarios se han rezagado de la creciente actividad de las masas, tanto en sus “teorías” como en su labor; no han logrado establecer una organización permanente que funcione y sea capaz de liderar todo el movimiento» (Lenin, 5:397). Lenin sentía que este retraso debía ser rectificado.

La mayoría de los escritos principales de Lenin siguieron esta percepción. Analizó las contradicciones del capitalismo en Rusia (*El desarrollo del capitalismo en Rusia*, 1899), lo que le permitió entender cómo los campesinos en el extenso Imperio zarista tenían un carácter proletario. Basado en esto, Lenin peleó por la alianza obrero-campesina contra el zarismo y los capitalistas. Cuando la Revolución rusa de 1905 colapsó, Lenin escribió en *Novaya Zhizn* (12 de noviembre de 1905) que «la persistencia de la servidumbre» constituyó una «carga cruel para toda la masa de campesinos» y los «proletarios bajo su bandera roja han declarado la guerra a esta carga». Lenin discutía que no era suficiente para los trabajadores luchar por las demandas campesinas y que no era suficiente con alcanzar las demandas independientes del campesinado de tierra; lo necesario era profundizar la unidad entre los trabajadores y los campesinos en la lucha «contra el dominio del capital» y por el socialismo. No tenía sentido ser *naif*, partiendo del hecho de que existían relaciones

de clases entre el «campesinado» y que los pequeños granjeros tuvieran sus propios intereses de clase establecidos en sus pequeñas posesiones privadas. El estudio de Lenin enfatizaba la diferenciación del campesinado, para entender que los pequeños granjeros tenían una cercana lealtad de clase a los terratenientes en términos de la defensa de la propiedad privada y en términos de derechos para explotar a los agricultores sin tierra. Lenin veía con claridad que el desarrollo de la unidad obrero-campesina debía comprender completamente las complejidades del campo, de lo contrario el movimiento por el socialismo sería desbaratado en un dirección pequeñoburguesa.

Los opositores al zarismo que no eran bolcheviques (como los socialdemócratas, los agrícolas radicales, los social-revolucionarios y los mencheviques) se mantuvieron lejos del proyecto socialista. Lenin entendió desde su compromiso con la lucha de masas y con su lectura teórica que los socialdemócratas —como la fracción más liberal de la burguesía y de los aristócratas— no eran capaces de conducir una revolución burguesa y mucho menos el movimiento que conduciría a la emancipación del campesinado y los trabajadores. Su valoración teórica fue elaborada en *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática* (1905). *Dos tácticas* es tal vez el primer tratado marxista que demuestra la necesidad de una revolución socialista, incluso en un país «atrasado», donde los trabajadores y los campesinos necesitan aliarse para quebrar las instituciones de esclavitud y hacer progresar a la sociedad hacia el socialismo.

Estos dos textos de 1899 y 1905 muestran a Lenin evitando la visión respecto a que la Revolución rusa

podía esquivar el desarrollo capitalista (como los populistas —*narodniki*— sugerían) o que debía atravesar el capitalismo (como los demócratas liberales —los *Kadets*—, por ejemplo, discutían). Ningún estadio era posible ni necesario. El capitalismo ya había entrado a Rusia, un hecho que los populistas no reconocían; y podía ser superado por una revolución trabajadora y campesina, hecho que los demócratas liberales disputaban. La Revolución de 1917 y el experimento soviético probaron el punto de Lenin.

Habiendo establecido que las élites liberales no podrían liderar una revolución trabajadora y campesina, o ni siquiera una revolución burguesa, Lenin volvió su atención a la situación internacional. Desde su exilio en Suiza, Lenin vio cómo los socialdemócratas se rindieron frente a los belicistas en 1914 y entregaron a la clase trabajadora a la guerra mundial. Rosa Luxemburgo, igualmente consternada, escribió que «los trabajadores del mundo se unen en tiempos de paz; en tiempos de guerra se cortan las gargantas» (Luxemburgo, 1915). Frustrado por la traición de los socialdemócratas, Lenin escribió un importante texto —*Imperialismo, fase superior del capitalismo*—, en el cual desarrolló una comprensión clara del crecimiento del capital financiero y de las firmas monopólicas, así como del conflicto intercapitalista e interimperialista. Fue en este texto que Lenin exploró las limitaciones de los movimientos socialistas en Occidente, con la aristocracia obrera produciendo una barrera a la militancia socialista; y el potencial para la revolución en el Este, donde el «eslabón más débil» en la cadena imperialista debía ser encontrado. Los cuadernos de Lenin muestran que leyó 148 libros y 213 artículos en inglés, francés, alemán y ruso para clarificar su pensamiento sobre

el imperialismo contemporáneo. Una evaluación clara acerca del imperialismo aseguró que Lenin desarrollara una posición firme sobre los derechos de las naciones a la autodeterminación, estuvieran estas naciones dentro del Imperio zarista o en cualquier otro imperio europeo. El núcleo del anticolonialismo de la URSS —desarrollado en la Internacional Comunista (Comintern)— se encuentra aquí (Riddell, Prashad y Mollah eds., 2019).

El término «imperialismo», tan central a la expansión que hace Lenin de la tradición marxista se refiere al desarrollo desigual del capitalismo a escala global y al uso de la fuerza para mantener esa desigualdad. Algunas partes del planeta —sobre todo aquellas que tenían una historia previa de colonización— permanecen en una posición de subordinación, con su habilidad para elaborar una agenda de desarrollo nacional independiente restringida por los tentáculos del poder económico, social, político y cultural extranjero. En nuestro tiempo, nuevas teorías han emergido que sostienen que las nuevas condiciones no pueden ya ser sostenidas por la teoría de Lenin. Antonio Negri y Michael Hardt, por ejemplo, argumentan que no existe la rivalidad geopolítica, lo que existe es solamente la extensión de la soberanía de Estados Unidos a escala mundial. A esto llaman Imperio. Lo que el pueblo —la multitud— debe hacer, sugieren, es combatir los términos de esta constitución, pero no el hecho de su aspiración global. Otros discuten que el mundo se ha aplanado, entonces no hay más un Norte global que oprime al Sur global, que las élites de ambas regiones son parte de un orden capitalista global. Este es el tipo de teoría que Karl Kautsky propone con el nombre del «ultraimperialismo» (Kautsky, 1970).

Lenin le responde contundentemente a Kautsky y a esta teoría de «ultraimperialismo»: «(Kautsky afirma que) la dominación del capital financiero alivia la desigualdad y las contradicciones inherentes en la economía mundial, mientras que en realidad las incrementa» (Lenin, 19: 165). Los elementos del texto de Lenin están, por supuesto, pasados de moda —fue escrito cien años atrás— y requerirá de una revisión cuidadosa. Pero la esencia de la teoría es válida: la insistencia sobre la tendencia de firmas capitalistas a volverse monopolios, la crueldad con la cual el capital financiero drena el bienestar del Sur global y el uso de la fuerza para contener la aspiración de los países del Sur de trazar su propia agenda de desarrollo.

Finalmente, Lenin pasó el período de 1893 a 1917 estudiando cuidadosamente las limitaciones del partido de viejo tipo, el partido socialdemócrata. Si pasas algún tiempo con las Obras Escogidas de Lenin durante las décadas anteriores a la Revolución Rusa de 1917, encuentras miles de artículos y reportes sobre cómo fortalecer el trabajo de masas y la construcción del partido. En el texto de Lenin de 1899 *Nuestro Programa* insiste en que el partido debe involucrarse en actividades continuas y no confiar en estallidos espontáneos o iniciales (*stikhiinyi*). Esta actividad concreta llevaría al partido a un contacto íntimo y orgánico con la clase trabajadora y el campesinado, así como también ayudaría a germinar protestas que luego puedan asumir un carácter masivo. Fue esta consideración la que llevó a Lenin a desarrollar su comprensión del partido revolucionario en *¿Qué hacer?* (1902). Lenin desarrolló ideas audaces para la construcción de un partido obrero-campesino, incluyendo el rol de los trabajadores

con conciencia de clase como la vanguardia del partido y la importancia de la agitación política entre trabajadores para desarrollar una conciencia política genuinamente poderosa contra *toda* tiranía y *toda* opresión. Los trabajadores necesitan *sentir* la intensidad de la brutalidad del sistema y la importancia de la solidaridad.

Estos textos —desde 1896 a 1916— prepararon el terreno para que los bolcheviques y Lenin entendieran cómo operar durante las luchas de 1917. Es un indicador de la confianza de Lenin en las masas y en su teoría, que Lenin retrató en el audaz panfleto *¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder?* Este fue escrito unas semanas antes de la toma de poder. Y a medida que se desarrollaban los acontecimientos en 1917, Lenin constantemente intentó teorizar la dinámica del cambio. La revolución de Febrero de 1917 había derrocado al Zar; había llevado al poder a los liberales. Lenin siguió la pista de dos desarrollos de igual importancia: primero, que los liberales —bajo Kerensky— se estaban preparando para traicionar los objetivos revolucionarios y volver a poner Rusia en la guerra y por lo tanto conservar completamente el sistema zarista; segundo, que el proletariado revolucionario —y sus principales partidos— permanecían alertas y activos, y habían fortalecido su forma política a través de los Soviets. Los soviets controlados por obreros y campesinos se volvieron un centro de «poder dual» contra la Duma (parlamento) dominado por los liberales. Lo que esto significaba para Lenin, como escribió en varios de sus ensayos en este período, era que los soviets debían defender los objetivos revolucionarios y tomar el poder. En septiembre de 1917 Lenin escribió que para un marxista «la insurrección es un arte»;

Lenin y los bolcheviques dirigieron sus fuerzas y en octubre de 1917 golpearon y *completaron* la Revolución Rusa de 1917.

## Construir un Estado

Ninguna revolución es «completa» solo por tomar el poder. Había mucho más trabajo por hacer en el período inmediatamente posterior a que Lenin y sus camaradas tomaran el control del colapsado Estado zarista. Una lectura minuciosa de *El Estado y la revolución* (1918) anticipa los problemas enfrentados por los soviets en sus nuevas tareas: no solo no podían heredar la estructura del Estado, sino que debían «destruir el Estado», construir un nuevo conjunto de instituciones y una nueva cultura institucional, crear una nueva actitud de los cuadros hacia el Estado y la sociedad.

El texto más importante aquí es *Las tareas inmediatas del gobierno de los soviets* (abril de 1918), que diseña la agenda de la URSS en sus primeros años. Los otros textos muestran la actitud general de Lenin hacia la construcción del Estado y los desafíos que enfrentaba la URSS —rodeada de poderes hostiles— en este período. *Es preferible menos pero mejor* (1923), escrito hacia el final de su vida, es uno de los más honestos y razonables textos sobre los problemas enfrentados por el nuevo gobierno y la sociedad.

En su última aparición pública —en el Soviet de Moscú, el 20 de noviembre de 1922— se puede ver la personalidad de Lenin desplegada al máximo. Su confianza y su humanidad. Su honestidad y ambición:

Todavía tenemos la vieja maquinaria y nuestra tarea ahora es remodelarla a lo largo de nuevas

líneas. No podemos hacerlo de inmediato, pero debemos asegurarnos de que los comunistas controlan la maquinaria que les asignaron, y no, como suele ocurrir con nosotros, que la maquinaria los controle. No debemos ocultarlo y hablar de ello con franqueza. Tales son las tareas y las dificultades que enfrentamos en el momento en que hemos emprendido nuestro camino práctico, cuando no debemos abordar el socialismo como si fuera un ícono pintado de colores festivos. Necesitamos tomar la dirección correcta, necesitamos ver que todo esté controlado, que las masas, toda la población, verifiquen el camino que seguimos y digan: «Sí, esto es mejor que el sistema anterior». Esa es la tarea que nos hemos propuesto. Nuestro partido, un pequeño grupo de personas en comparación con la población total del país, ha abordado este trabajo. Este pequeño núcleo se ha fijado la tarea de rehacer todo y lo hará. Hemos demostrado que esto no es una utopía, sino una causa por la cual las personas viven. Todos hemos visto esto. Esto ya está hecho. Debemos rehacer las cosas de tal manera que la gran mayoría de las masas, los campesinos y los obreros, digan: «No son ustedes quienes se alaban a sí mismos, sino nosotros. Decimos que ha logrado resultados espléndidos, después de lo cual ninguna persona inteligente jamás soñará con volver a lo viejo “. Aún no hemos llegado a ese punto. El socialismo ya no es una cuestión de un futuro lejano, ni una imagen abstracta, ni un ícono. Nuestra opinión sobre los íconos sigue siendo la misma, muy mala. Hemos traído el socialismo a la vida cotidiana y aquí debemos ver cómo están las cosas. Esa es la tarea de nuestros días, la tarea de nuestra época. (Lenin, 33: 442.)

Hacia 1921, la salud de Lenin se había deteriorado dramáticamente. En mayo de 1922 sufrió su primer ataque. Murió el 21 de enero de 1924 a los 53 años. Más de un millón de personas vinieron a rendirle homenaje durante tres fríos días de enero antes de que fuera acogido en un mausoleo en la Plaza Roja, donde su cuerpo permanece.

Lo que Lenin escribió cien años atrás no es para ser tomado como un evangelio. Es una guía. Las circunstancias cambian, los desarrollos deben estudiarse cuidadosamente. Fue Lenin quien nos enseñó que «lo que constituye la esencia, el alma viviente del marxismo, es un análisis concreto de una situación concreta» (Lenin, 31:165). Lo que aprendimos de Lenin es su método y su disciplina, su aguda conciencia de clase en términos de su comprensión de la política y la administración del Estado. Las revoluciones no se repiten en todas sus particularidades, tampoco los procesos revolucionarios. Conjeturas históricas diferentes, situaciones concretas, requieren diferentes dinámicas históricas revolucionarias. Tenemos a Lenin sobre nuestros hombros; él es nuestra inspiración y modelo.

## Referencias

KAUTSKY, KARL (1970). Ultra-Imperialism. *New Left Review*, 1/59, January-February 1970.

LENIN, VLADIMIR. *Collected Works*. Moscow: Progress Publishers, 45 volumes, various dates.

LUKACS, GEORG (2007). *Lenin*. Buenos Aires: Razón y Revolución/La rosa blindada.

LUXEMBURG, ROSA (1915). Rebuilding the International. *Die Internationale*, n.º 1. En Le Blanc, Paul (ed.) (1999). *Rosa Luxemburg: Reflections and Writings*. Amherst: Humanity Books.

RIDDELL, JOHN; PRASHAD, VIJAY Y MOLLAH, NAZEEF (eds.) (2019). *Liberate the Colonies. Communism and Colonial Freedom, 1917-1924*. New Delhi: LeftWord Books.

# Tres fuentes y las partes integrantes del Marxismo



**Vladimir Illyich Lenin**

La doctrina de Marx suscita en todo el mundo civilizado la mayor hostilidad y el mayor odio de toda la ciencia burguesa (tanto oficial como liberal), que ve en el marxismo algo así como una «secta nefasta». Y no cabe esperar otra actitud, pues en una sociedad erigida sobre la lucha de las clases no puede haber una ciencia social «imparcial». De un modo o de otro, **toda** la ciencia oficial y liberal **defiende** la esclavitud asalariada, mientras que el marxismo ha declarado una guerra sin cuartel a esa esclavitud. Esperar una ciencia imparcial en una sociedad de esclavitud asalariada sería la misma pueril ingenuidad que esperar de los fabricantes imparcialidad en cuanto a la conveniencia de aumentar los salarios de los obreros en detrimento de las ganancias del capital.

Pero aún hay más. La historia de la filosofía y la historia de las ciencias sociales enseñan con toda claridad que el marxismo no tiene nada que se parezca al «sectarismo», en el sentido de doctrina encerrada en sí misma, rígida, surgida **al margen** del camino real del desarrollo de la civilización mundial. Al contrario, el genio de Marx estriba, precisamente, en haber dado solución a los problemas planteados antes por el pensamiento avanzado de la humanidad. Su doctrina apareció como **continuación** directa e inmediata de las doctrinas de las más

grandes figuras de la filosofía, la economía política y el socialismo.

La doctrina de Marx es todopoderosa porque es exacta. Es completa y ordenada y da a la gente una concepción monolítica del mundo, una concepción intransigente con toda superstición, con toda reacción y con toda defensa de la opresión burguesa. El marxismo es el sucesor natural de lo mejor que la humanidad creó en el siglo XIX: la filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés.

En estas tres fuentes del marxismo —que son, a la vez, sus tres partes integrantes— nos detendremos brevemente.

## I

La filosofía del marxismo es el **materialismo**. A lo largo de toda la historia moderna de Europa, y especialmente a fines del siglo XVIII, en Francia, donde se dio la batalla decisiva a toda la basura medieval, a la servidumbre en las instituciones y en las ideas, el materialismo demostró ser la única filosofía consecuente, fiel a todos los principios de las ciencias naturales, hostil a la superstición, a la santurronería, etcétera. Por eso, los enemigos de la democracia hacían cuanto podían por «refutar», minar y calumniar el materialismo y defendían las diversas formas del idealismo filosófico, que se reduce siempre, de uno u otro modo, a la defensa o al apoyo de la religión.

Marx y Engels defendieron con la mayor energía el materialismo filosófico y explicaron reiteradas veces el profundo error que significaba todo cuanto fuera desviarse de él. Donde con mayor claridad y detenimiento están expuestas sus opiniones es en las obras de Engels *Ludwig*

*Feuerbach* y *Anti-Dühring* que, como el *Manifiesto Comunista*, no deben faltar a ningún obrero consciente.

Pero Marx no se paró en el materialismo del siglo XVIII, sino que llevó más lejos la filosofía. La enriqueció con adquisiciones de la filosofía clásica alemana, sobre todo del sistema de Hegel, que, a su vez, había conducido al materialismo de Feuerbach. La principal de estas adquisiciones es la **dialéctica**, o sea, la doctrina del desarrollo en su forma más completa, más profunda y más exenta de unilateralidad, la doctrina de la relatividad del conocimiento humano, que nos da un reflejo de la materia en constante desarrollo. Los novísimos descubrimientos de las ciencias naturales —el radio, los electrones, la transformación de los elementos— han confirmado de un modo admirable el materialismo dialéctico de Marx, a despecho de las doctrinas de los filósofos burgueses, con sus «nuevos» retornos al viejo y podrido idealismo.

Al profundizar y desarrollar el materialismo filosófico, Marx lo llevó a su término e hizo extensivo el conocimiento de la naturaleza alcanzado por el materialismo filosófico al conocimiento de la **sociedad humana**. El **materialismo histórico** de Marx es una conquista inmensa del pensamiento científico. Al caos y a la arbitrariedad, que imperaban hasta entonces en las concepciones relativas a la historia y a la política, sucedió una teoría científica unida y ordenada de asombrosa manera, que muestra cómo de un tipo de vida de la sociedad se desarrolla, en virtud del crecimiento de las fuerzas productivas, otro superior; cómo del feudalismo, por ejemplo, nace el capitalismo.

Del mismo modo que el conocimiento del hombre refleja la naturaleza, es decir, la materia en desarrollo, que existe independientemente del hombre, su **conocimiento social** (es decir, las diversas opiniones y doctrinas filo-

sóficas, religiosas, políticas, etcétera) refleja el **régimen económico** de la sociedad. Las instituciones políticas son la superestructura que se alza sobre la base económica. Así vemos, por ejemplo, cómo las diversas formas políticas de los Estados europeos modernos sirven para reforzar la dominación de la burguesía sobre el proletariado.

La filosofía de Marx es el materialismo filosófico acabado, que ha dado a la humanidad, sobre todo a la clase obrera, soberbias armas de conocimiento.

## II

Comprobado que el régimen económico es la base sobre la que se alza la superestructura política, Marx dedicó la mayor atención a estudiar este régimen económico. Su obra principal, *El Capital*, está consagrada al estudio del régimen económico de la sociedad moderna, es decir, de la sociedad capitalista.

La economía política clásica anterior a Marx se había formado en Inglaterra, en el país capitalista más desarrollado. Adam Smith y David Ricardo pusieron comienzo en sus investigaciones del régimen económico a la **teoría del valor, fruto del trabajo**. Marx prosiguió la obra de ellos, argumentando con rigor y desarrollando consecuentemente esa teoría, con lo que mostró que el valor de toda mercancía lo determina la cantidad de tiempo de trabajo socialmente necesario para producirla.

Allí donde los economistas burgueses veían una relación entre objetos (cambio de una mercancía por otra), Marx descubrió una **relación entre personas**. El intercambio de mercancías expresa la relación establecida mediante el mercado entre los distintos productores. El **dinero** implica que esta relación se hace más estrecha y una indisolublemente en un todo la vida económica de

los distintos productores. El **capital** significa un mayor desarrollo de esta relación: la fuerza de trabajo del hombre se transforma en mercancía. El obrero asalariado vende su fuerza de trabajo al propietario de la tierra, de la fábrica o de las herramientas. Emplea una parte de la jornada en cubrir los gastos del sustento suyo y de su familia (salario); durante la otra parte de la jornada trabaja gratis, creando para el capitalista la **plusvalía**, fuente de las ganancias, fuente de la riqueza de la clase capitalista.

La teoría de la plusvalía es la piedra angular de la doctrina económica de Marx.

El capital, creado por el trabajo del obrero, oprime al obrero, arruina al pequeño patrono y crea un ejército de parados. En la industria, el triunfo de la gran producción se advierte en seguida, pero también en la agricultura vemos el mismo fenómeno: se agranda la superioridad de la gran agricultura capitalista, se extiende el empleo de maquinaria y la hacienda campesina se ve en el dogal del capital financiero, languidece y se arruina bajo el peso de los aperos atrasados. En la agricultura son otras las formas de ruina de la pequeña producción, pero esa ruina es un hecho indiscutible.

Al arruinar a la pequeña producción, el capital acrecienta la productividad del trabajo y da lugar a una situación de monopolio para los consorcios de magnates capitalistas. La producción misma va adquiriendo un carácter cada vez más social —cientos de miles y millones de obreros se acoplan en un organismo económico coordinado—, mientras que un puñado de capitalistas se apropia del producto del trabajo común. Aumentan la anarquía de la producción, las crisis, la desenfrenada carrera en busca de mercados, la escasez de medios de subsistencia para masas de la población.

Al hacer a los obreros más dependientes aún del capital, el régimen capitalista crea la gran fuerza del trabajo asociado.

Marx analizó la evolución del capitalismo, desde los primeros rudimentos de la economía mercantil, desde el simple trueque, hasta sus formas superiores, hasta la gran producción.

Y la experiencia de todos los países capitalistas, tanto de los viejos como de los nuevos, muestra de año en año con evidencia a un número cada vez mayor de obreros la exactitud de esta doctrina de Marx.

El capitalismo se ha impuesto en el mundo entero, pero esta victoria no es más que el preludio del triunfo del trabajo sobre el capital.

### III

Cuando el régimen feudal fue derrocado, y la «libre» sociedad capitalista vio la luz, no tardó en ponerse de manifiesto que esa libertad representaba un nuevo sistema de opresión y explotación de los trabajadores. Como reflejo de esa opresión y como protesta contra ella, comenzaron a surgir en seguida diversas doctrinas socialistas. Pero el socialismo inicial era un socialismo **utópico**. Criticaba, condenaba y maldecía a la sociedad capitalista, soñaba con su destrucción, fantaseaba en un régimen mejor, quería convencer a los ricos de que la explotación es inmoral.

Pero el socialismo utópico no podía señalar una salida real. No sabía explicar la naturaleza de la esclavitud asalariada bajo el capitalismo, ni descubrir las leyes de su desarrollo, ni encontrar la **fuerza social** capaz de crear la nueva sociedad.

Entretanto, las tempestuosas revoluciones que acompañaron en toda Europa y especialmente en Francia a la caída del feudalismo, del régimen de la servidumbre, hacían ver con mayor evidencia cada día que la base de todo el desarrollo y su fuerza motriz era la **lucha de las clases**.

Ni una sola victoria de la libertad política sobre la clase feudal fue alcanzada sin desesperada resistencia. Ni un solo país capitalista se formó sobre una base más o menos libre, más o menos democrática, sin una lucha a muerte entre las diversas clases de la sociedad capitalista.

El genio de Marx está en que supo deducir de ahí y aplicar consecuentemente antes que nadie una conclusión implícita en la historia universal. Esta conclusión es la doctrina de la **lucha de las clases**.

Los hombres han sido siempre, en política, cándidas víctimas del engaño de los demás y del engaño propio; y lo seguirán siendo mientras no aprendan a discernir detrás de todas las frases, declaraciones y promesas morales, religiosas, políticas y sociales, los **intereses** de una u otra clase. Los partidarios de reformas y mejoras se verán siempre burlados por los defensores de lo viejo mientras no comprendan que toda institución vieja, por bárbara y podrida que parezca, se sostiene por la fuerza de unas u otras clases dominantes. Y para vencer la resistencia de esas clases **solo** hay **un** medio: encontrar en la misma sociedad que nos rodea, instruir y organizar para la lucha a quienes puedan —y **deban**, por su situación social— formar la fuerza capaz de barrer lo viejo y crear lo nuevo.

Solo el materialismo filosófico de Marx enseñó al proletariado la salida de la esclavitud espiritual en que vegetaron hasta entonces todas las clases oprimidas. Solo

la teoría económica de Marx explicó la situación real del proletariado en el régimen general del capitalismo.

En el mundo entero, desde Norteamérica hasta el Japón y desde Suecia hasta Sudáfrica, se multiplican las organizaciones independientes del proletariado. Este se instruye y educa, al tiempo que sostiene su lucha de clase, se despoja de los prejuicios de la sociedad burguesa, adquiere una cohesión cada vez mayor, aprende a medir la magnitud de sus éxitos, templa sus fuerzas y crece incontentiblemente.

---

*Este texto fue publicado originalmente en marzo de 1913, en el n.º 3 de la revista Prosveschenie, para el 30 aniversario de la muerte de Carlos Marx. «Prosveschenie» («La Ilustración») era una revista teórica bolchevique que se publicó mensualmente con carácter legal en San Petersburgo desde 1911 hasta 1914.*

*El texto original lo tomamos de <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/oe12/lenin-obrasescogidas05-12.pdf>.*

# Vladimir Ilyich Lenin



Vladimir Mayakovsky  
1924

**Al Partido Comunista de Rusia  
Dedico este poema.**

Es hora,  
y empiezo  
de Lenin a hablar.  
No porque  
se haya calmado  
el pesar;  
es hora  
porque  
esa angustia hiriente  
es ya dolor claro,  
sentido, consciente.

Tiempo,  
vuelve a agitar  
las consignas de Lenin al viento.  
¿Es propio  
de nosotros verter  
las lágrimas a ríos?  
Lenin,  
ahora,  
más vivo está que todos los vivos.  
Él es nuestro saber,  
y fuerza,  
y arma.

Los hombres son barcas,  
aun viviendo en tierra.  
Durante  
los años  
que nos da el destino,  
multitud de sucias  
conchas y algas  
al costado  
se pegan  
de nuestra barca.

Y luego,  
    pasada  
        la tempestad brava,  
te sientas  
    al sol y te limpias  
de las verdes barbas  
        de las algas  
            y de las medusas,  
viscosas, rosáceas.

Yo  
    al sol  
        leninista me limpio,  
y, proa a la revolución,  
        navegando sigo.

Temo  
    esos versos a millares  
como el mancebo  
        teme las falsedades.  
Le pondrán una corona reluciente,  
y me inquieta  
        que le tapen la frente,  
su frente  
    verdadera:  
        sabia,  
humana,  
    grande, inmensa.

Temo  
    que los desfiles  
        y los mausoleos,  
los honores  
    y rituales pompas,  
en su rigidez,  
    cubran de empalagoso óleo  
la leninista  
    sencillez.  
Cual de las niñas  
    de mis propios ojos,  
yo cuido de él,  
    para que no lo envuelvan  
                                en vistoso papel.  
El corazón lo manda,  
                                y de escribir  
tengo el deber.



Todo Moscú.

Un fragor estremece  
la congelada tierra.

Junto a las hogueras, helados  
de frío en la noche entera.

¿Quién es él?

¿Qué ha hecho?  
¿De dónde procede?

¿Por qué  
esos honores  
tan grandes merece?

En la mente, una a una,  
busco las palabras,  
y no encuentro  
ninguna  
adecuada.

¡Qué pobre es  
en el mundo  
el taller de palabras!

¿De dónde he de sacar  
las apropiadas?

Tenemos  
siete días,  
tenemos  
doce horas.

No podemos  
contar con dos vidas.  
La muerte  
de disculpas no es amiga.  
Cuando  
andamos mal de horas  
y la medida  
del calendario es poca,  
decimos:  
“una era”,  
decimos:  
“una época”.  
Durante  
la noche  
dormimos.  
Durante  
el día actuamos.  
Nos gusta  
echar agua en un cesto,  
si es que este  
cesto es nuestro.  
Y cuando surge  
alguien que, por todos,  
dirige con acierto  
torrenteras de acontecimientos,

decimos:

“es un profeta”,

decimos:

“es un genio”.

Nosotros

no tenemos pretensiones,

no nos metemos

donde no nos llaman;

con que gustemos

a nuestras mujeres,

de sobra

tenemos para estar contentos.

Y cuando surge alguien

que, fundida alma y cuerpo,

diferente a nosotros,

avanza impetuoso,

le ponemos el rótulo:

“parece un rey”,

nos llenamos de asombro:

“es un don de los cielos”.

Eso dicen,

y en el vacuo aserto

nada hay sabio ni necio.

Las palabras en el aire flotan

y cual humo se disipan luego.

Nada puede sacarse  
de tales cascarones hueros.  
Ni cabeza ni manos  
sentirán nada nuevo.  
¡Cómo vamos  
a medir  
a Lenin con tan pobre rasero!  
Pues con sus ojos  
cada uno  
veía  
que esa “era”  
entraba por la puerta  
sin rozar  
el dintel  
con la cabeza.  
¿Será posible  
que de Lenin también digan:  
“Era jefe  
por la gracia divina”?  
De haberse  
parecido  
a un rey o a un dios,  
yo,  
sin temores,  
ciego de furor,



Millones de ojos,  
entre ellos  
los dos míos,  
tan solo ven carámbanos  
de lágrimas  
cuajadas por el frío.

A Dios  
las rituales honras  
no le asombran.

¡No!  
Hoy,  
con esta inmensa pena,  
el corazón se ha helado.

Hoy  
enterramos  
al más terreno  
de todos  
los hombres  
que por la tierra han pasado.

Era terreno,  
pero no de esos  
que solo ven  
su mundo,  
su mísero agujero.

De una mirada,

la tierra  
entera él abarcaba,  
veía  
lo que el tiempo  
de momento ocultaba.  
Era como vosotros,  
y como yo,  
exactamente igual,  
con la sola  
diferencia, quizás,  
de que, junto a los ojos,  
del pensar,  
las arruguillas  
se le acusaban más  
que a nosotros,  
y sus labios eran más firmes,  
más irónicos.  
No tenía la dureza del sátrapa  
que, empuñando las riendas,  
con su carro  
triumfal  
te aplasta y te atropella.  
Trataba  
al camarada  
con un cariño  
profundamente humano.

Mas, frente  
    al enemigo,  
        era más duro  
            que el hierro fundido.

No le eran ajenas  
    esas flaquezas  
        que tenemos todos,  
le aquejaban  
    las enfermedades, igual que a nosotros.

Yo, por ejemplo,  
    juego al billar,  
        para el ojo aguzar,  
a él le gustaba el ajedrez,  
    eso a los jefes  
        aprovecha bien.

Y pasando  
    del tablero  
        al enemigo auténtico,  
convirtiendo  
    en hombres  
        a los que ayer eran peones,  
puso  
    la dictadura obrera de los hombres  
sobre la prisión,  
    capitalista, de la torre.

Él amaba  
lo mismo  
que nosotros amamos.  
¿Por qué razón,  
entonces,  
estando yo de él tan lejano,  
la vida  
daría,  
embobecido de entusiasmo,  
por un único  
hálito  
de sus labios?!

¡Y no yo solo!  
¿Soy yo mejor,  
acaso, que los otros?!

No haría falta ni llamar,  
bastaría con abrir la boca.

¿Quién de vosotros,  
del campo o de la mina,  
un paso al frente  
no daría  
con alegría y ansia loca?  
Tambaleándome  
—como si hubiera  
bebido de más—,

por instinto  
de los rieles del tranvía  
me aparto sin cesar.

¿Quién  
lloraría  
ahora  
mi muerte pequeña  
cuando todo está de luto  
por esta muerte inmensa?

Van lentos con banderas,  
o sin ellas.  
Parece que,  
de nuevo,  
se ha vuelto nómada  
Rusia entera.

Y la Sala de las Columna<sup>3</sup>  
retiembla  
de gentío repleta.

¿Por qué?  
¿Para qué?  
¿Cuál es el motivo?

Está ronco  
el telégrafo  
del fúnebre rugido.

Hay lágrimas de nieve

en las banderas,  
cuál párpados enrojecidos.  
¿Quién es él?  
¿Qué ha hecho?  
¿De dónde procede?  
Este hombre,  
el más humano de los hombres?



Breve,  
hasta sus últimos momentos,  
la vida  
de Uliánov  
la conocemos.  
Pero la larga vida  
del camarada Lenin  
hay que escribirla  
y narrarla de nuevo.  
A tiempos muy lejanos  
se remontan  
de Lenin  
los primeros datos,  
a unos doscientos años.  
¿Oís  
el férreo

y estentóreo grito  
que atraviesa  
    los remotos siglos,  
la voz sonora  
    de la tatarabuela  
        de Bromley y Guzhón<sup>4</sup>,  
la voz de la primera locomotora?  
Su Majestad  
    el Capital,  
        el rey  
                no coronado,  
declara  
    ya vencida  
        la fuerza del vil campo.  
La ciudad saqueaba,  
    robaba,  
        riqueza amontonaba,  
llenaba bien  
    la panza de sus cajas,  
mientras la clase obrera,  
    encorvada y flaca,  
ocupaba su puesto  
    ante las máquinas.  
Amenazaba ya,  
    alzando más y más  
        las chimeneas al cielo:

—El camino hacia el oro  
pavimentáis  
con nuestros cuerpos.

Engendraremos,  
proveeremos,  
y un día vendrá  
el hombre,  
el luchador,  
el vengador,  
¡el juez severo!—

Ya  
se mezclaban  
el humo y las nubes,  
cual  
soldados  
de un mismo regimiento.

Se forma  
un doble cielo  
en el que el humo  
a las nubes oprime con ahínco.

Crecen  
las mercancías,  
alzándose entre los mendigos.

El director,  
diablo calvo,  
con el ábaco hacía cálculos,

refunfuñando:  
“¡Crisis!”,  
y colgó frío  
el vocablo “despido”.  
Las cagadas de moscas  
cubren  
las golosinas,  
el pan  
se pudre  
en grano almacenado,  
mientras ante los escaparates  
de todos los Eliséievs,  
con el hambre ladrando en el estómago,  
se arrastra el paro.  
Gorgotean  
las tripas vacías de los tugurios,  
ahogando con su ruido  
el llanto de los niños:  
—Para el trabajo,  
o para el fusil,  
¡toma  
mis manos!  
¡Ven,  
protector,  
ven vengador!



Eh, tú,  
    camello,  
        de las colonias descubridor!  
¡Y vosotras,  
    columnas de barcos de acero!  
¡En marcha,  
    proa a los desiertos,  
        más ardientes que el fuego!  
¡Espuma haced,  
    más blanca que el papel!  
Ya empiezan  
    a surgir negros remiendos  
entre los deliciosos  
    oasis palmeros.  
Allí,  
    entre  
        las plantaciones doradas, el negro,  
a latigazos medio muerto,  
        exhaló su alarido:  
—¡Hu-u-u-u-ú,  
    hu-u-ú!  
        ¡Nilo, Nilo mío!  
¡Trae y llévate  
    en tus aguas  
        los días sombríos!

Más negros  
    que yo cuando duermo,  
y que estalle un incendio  
    más rojo que la sangre que yo tengo.  
Y que los panzudos,  
    blancos y negros,  
se cuezan a un tiempo  
    en este café hirviendo.  
Cada colmillo  
    de elefante  
        alcanzado  
clávaselo en la carne,  
    déjalo en su corazón hincado.  
Que la sangre se derrame con provecho,  
        al menos  
                para los biznietos.  
Sal ya, radiante sol,  
        protector nuestro.  
Yo acabo,  
    el Dios de la muerte  
        me llama a su lado.  
No olvides  
    mi mandato dolorido,  
        ¡Nilo,  
                Nilo mío!

En las nieves de Rusia  
        en la Patagonia, soledades de horror,  
el tiempo  
        ha puesto máquinas  
        exprimidoras de sudor.  
Y al lado del Ivánovo,  
        Junto a Voznesensk<sup>6</sup>,  
        clamor de coplillas  
a las pétreas moles  
        hace estremecer:  
“Ay, fábrica, fábrica mía,  
la de amarillos ojitos.  
El tiempo a Stepán Razin<sup>7</sup>  
lo vuelve a llamar a gritos”.



Los nietos  
        preguntarán con interés:  
  —¿Qué es un capitalista?—  
Como los hijos  
        ahora:  
  —¿Un al-gua-cil,  
  qué es?—  
Para los nietos  
        trazo,

en una hoja de papel,  
del capitalismo un fiel retrato,  
con toda la parentela en él.  
En sus años mozos,  
el capitalismo  
no era mal muchacho,  
era un chico dispuesto y avisado:  
el primero para el trabajo,  
no temía, de ninguna manera,  
mancharse,  
trabajando,  
la pechera.

¡Le hacían ya llagas  
las feudales bragas!  
Y paso  
se abría  
no peor que hoy día.

Floreció  
en revoluciones,  
en su primavera,  
e incluso  
hacía coro  
a “La Marsellesa”.

La máquina  
ideó  
e inventó un día.

¡Y hasta los hombres  
a ella se sometían!  
Llenó  
el mundo,  
el mundo entero,  
de infinidad de niños  
obreros.  
Se zampó  
reinos  
y condados,  
con coronas y águilas,  
de un bocado.  
Orondo,  
como una vaca bíblica,  
o un buey,  
se relame contento.  
Su lengua es el parlamento.  
Con los años  
dureza perdieron  
sus músculos de acero;  
muchas carnes echó,  
y se puso  
tan grueso,  
con el correr del tiempo,  
como

su propio libro Mayor.  
Un palacio erigió,  
                                  ¡suntuoso, sin par!  
¡Y más de un gran pintor  
                                  por sus muros trepó!  
El suelo, estilo imperio,  
                                  el techo rococó,  
paredes,  
                                  Luis XIV,  
                                  Catorce, sí señor.  
Y alrededor,  
                                  con cara  
                                  que de culo  
lo mismo  
                                  serviría,  
cariculesca  
                                  policía.  
A su alma sorda  
                                  no le dicen nada  
                                  canciones ni colores,  
como a la vaca,  
                                  en el prado,  
                                  las flores.  
La ética, la estética  
                                  y demás zarandajas,

son solo  
para él  
simple criadas.  
Paraíso  
e Infierno  
suyos son,  
y les vende  
a las viejas, por un tanto,  
los agujeros  
de los clavos  
de la cruz del Señor  
y las plumas  
de la cola  
del Espíritu Santo.  
Acabó  
por crecer  
él mismo demasiado,  
pues por él  
se desloma el esclavo.  
Enriqueciéndose,  
zampando  
y durmiendo,  
el capitalismo se hinchó,  
se puso obeso.

Y obeso  
 se tumbó  
 en el camino de la historia,  
 en el mundo,  
 como en su cama propia.  
 No es posible esquivarlo  
 ni pasarlo de largo,  
 el único remedio  
 ¡es volarlo!



Yo sé  
 que sonreirá  
 con amargura el lírico  
 y con premura  
 empuñará  
 la vara el crítico:  
 —¡¿Y el alma, dónde está?!  
 ¡Eso es pura  
 retórica!  
 ¿Y dónde, la poesía?  
 ¡¡Simple publicística!!  
 Capitalismo,  
 no es palabra fina,  
 suena mucho mejor  
 “ruiseñor”,

pero yo  
    la repetiré  
        una y otra vez.

Verso,  
    álzate como consigna agitadora.

Yo escribiré  
        de todo,  
                de muchas cosas,

pero ahora  
    no es tiempo  
        de palabritas amorosas.

A ti  
    te doy,  
        atacante clase obrera,  
toda mi sonora  
        fuerza de poeta.

El proletariado  
        es algo molesto y estrecho  
para  
    quienes ven  
        en el comunismo un cepo.

Mas, para nosotros  
    es esta palabra  
        poderosa música capaz

de alzar  
a los muertos  
y hacerles luchar.



Los pisos de arriba,  
de espanto,  
se echan a temblar,  
hacia ellos se eleva ya, airado,  
el potente grito de los sótanos.  
—Paso nos abriremos  
hacia el azul del cielo,  
de par en par abierto.

A través de  
este pozo de piedra, subiremos.  
Así será:  
de estos camastros se levantará  
el hijo del obrero  
y al proletariado guiará.

A ellos,  
a los poderosos,  
les falta ya espacio en el globo.

Y el capital  
tiende  
su cuerpo cebado,  
la mano,

pesada  
de tantas sortijas,  
hacia la garganta  
del que tiene al lado.  
Avanzan  
con chirriante  
estruendo de hierro.  
—¡Matad!  
¡Para dos burgueses el sitio es pequeño!—.  
Las aldeas  
convierten en cementerios,  
las ciudades,  
en talleres ortopédicos.  
Se acabó,  
la mesa  
para el té está puesta.  
Con el pastel  
de la victoria en ella.  
—¡Oíd  
la macabra ventriloquia,  
las castañuelas de las muletas!  
De nuevo  
nos  
veréis  
en otra guerra.

Este delito  
no lo perdonará  
jamás el tiempo.  
Llegará impetuoso,  
como las aguas  
en la primavera,  
y os declarará  
la guerra: ¡a vosotros  
y a vuestra guerra!-  
Lagos  
de lágrimas  
surgían en la tierra,  
demasiado  
intransitables eran  
los cenagales de sangre.  
Y entretanto,  
fantaseadores solitarios  
buscaban soluciones cada día  
en las ingenuas utopías.  
Al chocar  
con la vida  
los filántropos se rompieron la crisma.  
¿Podían, acaso,  
millones de humanos  
ir por la senda de los filántropos?

El propio  
capitalista  
se siente ya incapaz,  
es  
importante  
para su máquina frenar:  
su régimen  
arrastra,  
como el viento las hojas secas,  
un revuelto montón  
de crisis y de huelgas.  
—¿A qué bolsillo  
vamos a parar  
como oro derretido?  
¿Con quién ir,  
a quién culpar?—.  
La clase de millones de cabezas,  
para comprenderse,  
mira atenta.



El tiempo  
le robaba  
al capital  
las horas

superando

la poderosa luz de los faros.

El tiempo

engendró

al hermano Carlos,

al hermano

mayor de Lenin,

a Marx.

¡Marx!

Ante nosotros aparece

enmarcado en sus canas.

¡Qué distante

es su vida

de como nos la ofrecen modelada!

La gente ve,

empotrado en mármol

o escayola,

a un frío anciano.

Y sin embargo,

cuando por el sendero revolucionario

los obreros

daban su corto

pasito primero,

¡qué hogar,

qué inverosímil fuego

hizo Marx  
de su corazón y de su pensamiento!  
Era  
como si en cada fábrica  
a pie firme estuviera  
y en todos  
los trabajos  
de callos se cubriera,  
a cuantos  
de la plusvalía se apropiaban  
los cogió  
con las manos en la masa.  
Allí donde temblaban  
tímidos cuerpecillos  
sin atreverse  
a levantar la vista  
más alto  
del ombligo  
del logrero bolsista,  
Marx  
condujo  
a la guerra implacable  
de clases  
contra el becerro  
de oro,  
que era ya fuerte toro.

Nos parecía  
    que los remansos del comunismo  
solamente  
    nos podrían  
        llevar  
            las olas  
                del azar.

Pero Marx  
    las leyes  
        de la historia descubrió,  
puso al proletariado  
    en el timón.

Los libros de Marx  
    no son pruebas de imprenta,  
no son columnas  
    de cifras secas,

Marx  
    puso  
        en pie al obrero  
y lo condujo  
    en columnas  
        más rectas.

Conducía  
    diciendo:  
        —Morid combatiendo,

actuar  
    es corregir  
        lo que el cerebro ha impreso.  
Vendrá,  
    vendrá  
        el gran práctico,  
y os llevará tras él  
    a campos de batalla,  
        ¡no de papel!—  
Moliendo con la piedra del cerebro  
    sus últimos pensamientos,  
y trazando  
    con su mano de cera  
        la palabra postrera,  
yo sé  
    que Marx  
        ya columbraba  
            en sueños el Kremlin  
y la bandera  
    de la Comuna  
        sobre el rojo Moscú desplegada.  
Como melones,  
    iban  
        madurando los días,  
el proletariado

dejaba de ser niño,  
y crecía.

Las murallas  
del capital  
se desmoronaban  
y caían.

En el transcurso  
de solo  
unos años,  
¿cuántos fragores  
de tormenta,  
siempre aumentando?

Y la ira creciente,  
desbordada,  
en insurrección acaba.

Van en crescendo  
las revoluciones,  
tras los fulgores de las insurrecciones.

El burgués, iracundo,  
se revuelve  
y en fiera se convierte.

Por los Thiers<sup>8</sup> despedazados,  
lanzando desgarrantes alaridos,  
las sombras de nuestros bisabuelos,  
de los comuneros parisinos,

están  
clamando ahí,  
en ese muro de París:  
—¡Escuchad, camaradas!  
¡Mirad, hermanos!  
¡Ay de los solitarios,  
ya veis lo que nos ha pasado!  
¡Haced saltar la mole unidos!  
¡Golpead con el Partido!  
Que un solo  
puño  
sea  
la clase obrera—.

Os dirán:  
“Somos los jefes”,  
cuando en realidad  
solo son pisaverdes.

Tras el ropaje  
de las palabras,  
¡distingue la piel de quien te habla!  
Será el jefe,  
quien esté  
con nosotros hasta en las pequeñeces,  
más sencillo que el pan,  
más recto que la vía.



Hecha mezcla de clases,  
creencias religiosas,  
estamentos  
e idiomas,  
avanzaba la Tierra, el mundo  
sobre ruedas de rublos.  
Como un erizo  
de contradicciones, el capital  
crecía más y más,  
y, punzante  
de bayonetas, se fortalecía sin cesar.

El fantasma  
del comunismo  
por Europa correteaba,  
se alejaba  
y a aparecer volvía,  
vislumbrándose en la lejanía....

Por todo ello,  
en el apartado Simbirsk,  
nació un niño,  
igual que los demás,  
Lenin.

Yo conocí a un obrero.

Era un analfabeto,

no había visto  
                        jamás la cartilla.  
Pero oyó  
                hablar a Lenin,  
y lo comprendió  
                        todo en seguida.  
Yo oí  
                el relato  
                        de un campesino siberiano.  
Arrebataron, fusil en mano,  
                un pueblecillo al enemigo,  
                        e hicieron de él  
  un paraíso.  
Aunque a Lenin  
                no leyeran ni oyeran,  
esos hombres  
                leninistas eran.  
Vi unas montañas  
                        en las que  
                                ni un solo arbusto crecía.  
Solamente  
                las nubes  
                        sobre las rocas  
                                se abatían.

Y el único montañés  
que en cien verstas había,  
prendida  
en sus harapos,  
una insignia de Lenin lucía.

Se dirá:  
Eso  
son tonterías.

Las señoritas  
también se prenden  
alfileres, por coquetería.

Pero aquel no era un alfiler;  
el corazón de él,  
palpitante allí,  
rebosante del amor a Ilich,  
quemó la camisa  
y encendió la insignia.

Esto  
no se puede explicar  
con los ringorrangos de los religiosos  
escritos eslavos.

Y Dios  
no  
le dijo:  
¡Tú eres mi elegido!

Con su paso humano,

sus obreras manos  
y propia cabeza  
                    siguió  
                    ese camino.



Mira,  
                desde arriba,  
                    a la Rusia entera:  
como largas huellas  
                    de miles  
de varas,  
                los ríos azulean.  
Son como  
                señales de los latigazos.  
Pero más azules  
                que las avenidas de la primavera,  
son los cardenales  
                    de la Rusia sierva.

Mira,  
                desde un lado,  
                    a la Rusia entera,  
y por dondequiera  
                que la vista extiendas,  
montañas,  
                presidios y minas

se hincan  
con anhelo  
en el vidrio azulado del cielo.  
Pero aún más penoso  
que aquellos presidios terribles,  
era el duro yugo de los viejos tornos  
fabriles.

Había países  
más ricos,  
más bellos,  
más listos.

Pero tierras  
con dolor más grande,  
en toda mi vida,  
jamás las he visto.

No todas las huellas  
de las bofetadas  
se borran de la cara.

El grito arreciaba:  
—¡Alzaos  
por la tierra y la libertad!—.

Y rebeldes,  
aislados,  
la bomba  
o pistola  
agarraban.

¡Cosa superior  
es meterle  
al zar todo el cargador!  
¡Pero y si,  
tan solo,  
junto a la carroza, levantas el polvo?!  
El promotor  
del asesinato del zar  
ya ha sido atrapado;  
es narodovolets,  
de Uliánov hermano,  
se llama Alejandro<sup>9</sup>.  
Si matas a uno,  
aparece otro  
que con todo ardor  
se afana  
y esmera  
en torturar mejor.  
Y Alejandro  
Uliánov  
fue ahorcado por el verdugo,  
como miles de Schlisselburgo.  
Y entonces,  
Ilich,  
cuando tenía diez y siete años,

pronunció estas palabras,  
    más firmes  
        que el juramento del soldado:  
—Hermano,  
    para sustituirte,  
        aquí nos tienes preparados,  
¡venceremos,  
    mas  
        por otro camino seguiremos!



Mirad los monumentos,  
    ¿véis  
        qué héroes hay en ellos?  
Se alzan con pompa,  
    y tú has  
        de honrarles con una corona.  
Muy distintas  
    diarias,  
        de simples obreros  
cargó Ilich  
    sobre sus espaldas.  
Al obrero,  
    ante la boca del horno le enseña

qué hacer  
para que el salario aumente  
en cinco kopeks.

Qué hacer  
si el maestro  
le pega cruel.

Cómo proceder  
para que el patrono  
agua hervida dé.

Pero el objetivo final  
no es eso mezquino;  
no hay que detenerse  
en lo ya logrado,  
pararse en la charca  
que está en el camino.

La meta final es el socialismo.  
El enemigo, el capitalismo.  
Arma es el fusil,  
pero no la escoba.

Mil veces  
repite lo mismo,  
tenaz y certero,  
ante el sordo oído,  
y mañana  
se unirán las manos

de dos  
    que entendieron.  
Ayer eran cuatro,  
    hoy son cuatrocientos.  
Hoy nos escondemos,  
    mañana  
        a las claras nos levantaremos,  
y estos cuatrocientos  
    un millar serán.  
A los trabajadores del mundo entero  
    a la insurrección los alzaremos.  
Ya no somos  
    blandos cual la manteca,  
        mansos como corderos,  
la ira  
    de los trabajadores  
        se condensa en nubarrones negros,  
desgarra  
    con los rayos  
        de los libros de Ilich,  
azota  
    en granizadas  
        de octavillas y de proclamas.  
Contra  
    la roca de Lenin rompía

la clase ignorante,  
corría,  
por él  
esclarecida y ancha,  
y, bañado  
con la fuerza  
y los pensamientos de las masas,  
junto con la clase,  
Lenin también  
se agrandaba.  
Se está ya  
convirtiendo en realidad  
la solemne  
promesa  
que Lenin joven diera:  
No  
estamos solos,  
somos  
la Unión  
de Lucha por la Emancipación  
de la Clase Obrera<sup>10</sup>.  
El leninismo avanza,  
por los discípulos  
de Ilich llevado,  
cada vez

más lejos  
y en frente más ancho.  
En el polvo  
y el fango  
de la infinita Vladímirka<sup>u</sup>,  
con sangre  
escrito está  
el heroísmo de la clandestinidad.  
Al globo  
terráqueo  
cuerda le hemos dado,  
e incluso  
cuando  
en los sillones del Kremlin estamos sentados,  
¡cuántos de nosotros,  
de pronto,  
bajo los decretos,  
creemos oír  
ruido de grilletes de Nérchinsk!  
Una vez más  
la suerte  
del pájaro os voy a recordar.  
Tras la mirilla,  
el correteo eléctrico  
de los tranvías.

¡¿Quién  
de vosotros  
no arañaba, no mordía  
os barrotes de la reja  
cada día?!

Si te rompes  
la cabeza  
contra la pared estrecha,  
tras de ti  
lavarán y limpiarán  
la celda.

“Fue tu vida breve, pero honrada,  
al servicio de la tierra amada”.

¿En qué destierro  
Lenin cariño le tomó  
a la fúnebre fuerza  
de esta canción?



Decían:  
El *mujik*  
su propio camino seguirá,  
un socialismo  
ingenuo y sencillo  
organizará.

Pero la verdad

cierta

es que también

la Rus<sup>12</sup> se eriza en chimeneas.

La ciudad

barbas de humo tiene ya.

Al paraíso no te invitarán:

entre usted,

tenga la bondad.

El comunismo pasa por encima

del cadáver de la burguesía.

Para los cien millones de campesinos,

el proletariado es el guía.

Lenin

es el jefe de los proletarios.

El liberal o el eserista<sup>13</sup> avispados,

para agarrarles por el cuello,

harán a los obreros

promesas sin cuento;

Lenin le arrancará al ropaje

de sus frases

hasta los calzoncillos,

para que, cada vez,

salgan de los libros

en toda su aristócrata desnudez.

A nosotros  
también  
nos tiene hartos  
esa palabrería de la libertad,  
de que todos somos hermanos;  
nosotros,  
con las armas marxistas pertrechados,  
el único  
partido  
bolchevique del mundo formamos.  
Si América  
atraviesas  
en el departamento de un exprés,  
como si vas por Chujlomá a pie,  
en los ojos  
se te clavarán  
tres grandes letras:  
PCR,  
y, entre paréntesis,  
una “b” pequeña.  
Ahora,  
a los Marte  
Púlkovo los atrapa,  
revolviendo  
en el cofre azul del cielo.



El Partido  
    es como  
        un huracán bravío  
en el que voces finas, quedas,  
        se han unido y fundido;  
a su embate,  
    se quiebran  
        las fortalezas del enemigo,  
como del cañoneo  
        saltan  
                los tímpanos de los oídos.  
Desgraciado del hombre  
        cuando está solo.  
Mal lo pasará,  
        ninguna batalla ganará,  
todo el que posea una fuerza mayor  
                                será su señor,  
e incluso los débiles,  
        si son dos.  
Pero  
    si en un partido  
        se apiñan los pequeños,  
entonces,  
    ¡ríndete, enemigo,  
        y quédate ahí quieto!

El Partido

es una mano de un millón de dedos,  
apretada,  
con vigor,  
en recio puño demoledor.

Uno solo es absurdo,  
uno es como ninguno,  
uno,  
por muy importante  
que sea,

no levantará  
ni una simple  
viga de madera,  
y menos, un edificio  
de cinco pisos.

El Partido

son  
millones de hombros,  
apretados, estrechamente,  
unos contra otros.

Con el Partido

obras levantaremos  
hasta el cielo,  
ayudándonos siempre,  
elevándonos mutuamente.

El Partido

es la espina dorsal de la clase obrera.

El Partido

es la inmortalidad de nuestra causa entera.

El Partido

es lo único que jamás me traicionará.

Hoy dependiente soy,

pero mañana

reinos del mapa podré borrar.

El cerebro de la clase,

la acción de la clase,

la fuerza de la clase,

la gloria de la clase,

¡eso es el Partido!

El Partido y Lenin

son hermanos gemelos;

para la madre-historia,

¿quién es más entrañable de ellos?

Cuando decimos: Lenin,

es como si dijéramos:

el Partido.

Cuando decimos:

el Partido,

es como si dijéramos:

Lenin.



Aún hay,  
a montones,  
testas coronadas,  
aún los burgueses  
negrean  
como cuervos en la invernallanada,  
mas ya  
el ardor  
de la lava obrera  
por el cráter del Partido,  
impetuosa, sale fuera.

Nueve de enero<sup>14</sup>.

La gaponiada<sup>15</sup> ha terminado.

Caemos,

por el plomo zarista segados.

De los cuentos

de la piedad del zar

no ha quedado ni pizca

después de la matanza de Mukdén

y de los estallidos de Tsusima<sup>16</sup>.

¡Basta!

¡Ya no creemos

en palabras ajenas!

En armas

nos alzaremos

nosotros mismos, los de Presnia<sup>17</sup>.

Parecía  
    que íbamos  
        a acabar con el trono en un minuto  
y que, tras él,  
    la poltrona burguesa  
        se rompería al punto.  
Ilich ya está aquí.  
        Día tras día, con ahínco,  
pasa  
    con los obreros  
        el año cinco.  
Se encontraba  
        a su lado en cada barricada,  
el desarrollo de toda  
        la insurrección guiaba.  
Pero de pronto  
    corrió una nueva muy taimada:  
“libertad”.  
    La gente se prendió lacitos,  
el zar  
    salió del balcón  
        con un manifiestito.  
Y tras aquella  
    semana  
        “libre”, de miel,

los discursos,  
    los lazos  
        y las melodiosas canciones,  
los cubrió a la vez  
    el profundo rugir de los cañones:  
se hizo a la mar  
    de sangre obrera  
el verdugo Dubásov,  
    almirante del zar.  
¡A la cara escupamos  
    de la canalla blanca  
que ahora farfulla acerca  
    de las ferocidades de la Cheka!  
Mirad  
    cómo aquí a los obreros,  
        por los codos atados,  
les azotan el rostro  
    hasta matarlos.  
La reacción hacía estragos.  
    Los intelectualillos  
se apartaron de todo  
    y todo lo emporcaron.  
Los buscadores de Dios<sup>18</sup>  
    en casa se encerraron,  
encendieron las velas

y el incensario.  
Y empezó a gimotear  
hasta el camarada Plejánov<sup>19</sup>:  
—¡La culpa es de vosotros!  
Lo confundisteis todo, hermanos.  
¡Por eso tanta  
sangre se ha derramado!  
Las armas,  
en vano,  
no vale la pena empuñarlas.  
La voz  
resonante de Lenin  
se incrustó con brío  
en aquel lastimero gañido:  
—No,  
las armas  
hay que empuñarlas,  
pero  
con más decisión y energía.  
De nuevas insurrecciones veo ya el día.  
La clase obrera se volverá  
de nuevo a alzar.  
Para las masas  
debe ser la consigna  
no la defensa,  
sino la ofensiva.

Y este año,  
de espuma de sangre cubierto,  
y estas heridas  
en el campo obrero  
parecerán  
una infantil  
escuela  
entre las tempestades y tormentas  
de las insurrecciones venideras.



Y Lenin,  
que otra vez  
en el destierro se halla,  
nos prepara  
para  
la nueva batalla.

Enseña  
y aprende él mismo,  
reúne  
de nuevo  
el destrozado Partido.

Mira  
cómo las huelgas

el año encrespan,  
un poco más,  
y de la insurrección estarás cerca.  
Pero,  
de los años,  
espantoso,  
el catorce se eleva de pronto.

Suelen escribir:  
al soldado le gusta  
una pipa fumar  
y de antiguas campañas  
un ratito charlar.

Pero esta  
carnicería mundial,  
¿con qué Poltava,  
con qué Plevna<sup>20</sup>  
se la puede comparar?!

El imperialismo,  
en cueros vivos,  
con la barriga al aire  
y los dientes postizos,  
sin importarle  
la sangre un comino,  
devora los países,  
tras los bayonetazos asesinos.

Los lameculos  
serviles le rodean,  
los patriotas  
—los comodones Vovas—  
escriben, luego  
de lavarse las manos traidoras:  
—¡Obrero,  
combate,  
hasta la última gota de sangre!

La tierra  
era una montaña  
de revuelta chatarra  
en la que hampones  
y buscones  
hurgaban con afán.

Y en medio  
de aquel inmenso manicomio,  
se irguió  
el único cuerdo:  
Zimmerwald<sup>21</sup>.

Aquí  
Lenin,  
con un puñado de camaradas,  
sobre el mundo se levantó  
y alzó

unos pensamientos  
de más resplandor  
que el mayor incendio,  
una voz  
con mayor fragor  
que el de todos los cañoneos.

Allí  
millones,  
con cañoneos ensordecedores,  
el galopar de la caballería  
con cien mil sables destructores.

Aquí,  
contra  
los sables y los cañones,  
pronunciados los pómulos  
y calvo,  
un solo hombre.

—¡Soldados!  
Los burgueses,  
la traición y la venta consumadas,  
tras de Verdún,  
al Dvina,  
a los turcos mandan.

¡Basta!  
¡Transformemos

en guerra civil  
la guerra entre los pueblos!  
Basta  
de destrucciones,  
de matar y de herir,  
de nada  
tienen culpa  
las naciones.  
¡Contra  
la burguesía de todos los países  
alcemos  
la bandera  
de la guerra civil!-.  
Se podía pensar:  
ahora  
el cañón-horno  
fuego estornudará  
y su fétido aliento  
todo lo arrasará,  
y luego, busca al hombrecillo,  
anda,  
trata de recordar, siquiera, su apellido.  
Con las gargantas,  
silbantes y aulladoras, de sus armas,  
unos a otros

los países  
se gritan:  
    ¡De rodillas!  
Pero se acabó  
    de pelear,  
        y no hubo vencedor alguno,  
tan solo venció uno:  
    el camarada Lenin, ¡nadie más!  
¡De imperialismo hay una infinidad!  
Se agotó ya  
    nuestra  
        paciencia angelical.  
Desde la Táurida  
    hasta Arjánguelsk,  
tú has sido  
    quebrantado  
        por la Rusia insurrecta.  
El imperio  
    ¡no es ninguna gallina indefensa!  
Es un águila con el pico grande  
    y el poder de sus dos cabezas.  
Sin embargo,  
    nosotros, un buen día,  
escupimos  
    como una colilla  
        toda su dinastía.

Inmenso,  
de una herrumbre de sangre cubierto,  
andrajoso,  
descalzo y hambriento,  
¿qué haría el pueblo?  
¿A los Soviets iría  
o sacaría  
las castañas  
del fuego a los burgueses,  
como antes hacía?  
—El pueblo  
ha roto  
las cadenas del zar,  
Rusia en tormenta,  
Rusia en tempestad—  
leía  
Vladímir Ilich  
en Suiza  
trémulo de emoción  
sobre los diarios,  
juntos en montón.  
Pero,  
¿de qué te enteras por unos simples sueltos?  
¡Si pudiera  
volar allá en un aeroplano

para  
    echar una mano  
        a los obreros insurrectos!-.  
Tal era su único deseo,  
    su único pensamiento.  
Partió para allá,  
    sumiso a la voluntad  
del Partido, en vagón alemán,  
        con precinto alemán.  
¡Oh, si aquel  
    Hohenzollern<sup>22</sup>  
        hubiera sabido entonces  
que Lenin también caería  
    como una bomba en su monarquía!



Los de Petrogrado,  
    todavía,  
        al júbilo de todos contribuían:  
se abrazaban,  
    como niños saltaban, alegremente,  
mas por la Nevski<sup>23</sup>  
    los generales ya pululaban,  
luciendo, ufanamente  
    una cintita colorada.

Paso a paso,  
a un punto llegarán  
en que  
la policía alarma pitará.  
Los burgueses  
ya empiezan  
a sacar las uñitas  
de sus blandas  
y lanosas patitas.  
Primero aparecieron los chiquitines:  
pececillos como alevines.  
Luego, otros mayores:  
desde las sardinillas hasta los boquerones.  
Después, el de los Dardanelos,  
llamado Miliukov<sup>24</sup>, de soltero,  
y tras él, Mijailito,  
regia persona  
y pretendiente a la corona.  
El Premier  
más bien es  
¡un bordado de seda que un poder!  
No es ningún  
Comisario del Pueblo,  
de ruda aspereza  
sino, talmente, una damisela,  
¡puedes acariciarla con terneza!

Lanza histéricos gritos,  
canta con voz de tenorcillo.  
No habíamos aún  
probado  
ni un bocado  
de todas estas  
libertades febreristas,  
cuando –provistos ya  
de varas– incitaban los defensistas:  
“¡Al frente, al frente sin temor,  
pueblo trabajador!”.

Y para culminar  
el idílico paisaje,  
nos rodearon  
por doquier  
los guardianes,  
los que nos traicionaron  
antes y después,  
los eseristas y los Sávinkov<sup>25</sup>,  
y los mencheviques,  
gatos con saber.

Y de pronto,  
en la ciudad,  
que ya había empezado a engordar,  
viniendo de más allá

del Neva  
y de la Estación de Finlandia,  
por el barrio de Víborg,  
un carro blindado empezó a resonar.  
Y un fuerte  
y fresco viento  
las espumeantes olas  
de la revolución  
alzó  
de nuevo.  
Se inundó  
la Liteiny<sup>26</sup>  
de blusas y de gorras:  
“¡Lenin está con nosotros!  
¡Viva Lenin!” –cundía el alborozo.  
—¡Camaradas!–  
y sobre las cabezas  
de los primeros cientos de personas  
extendió  
hacia adelante  
su mano guiadora–.  
—¡Arrojemos  
con audacia  
los viejos harapos de la socialdemocracia!  
¡Fuera  
el poder  
de los conciliadores y los capitalistas!

Somos  
la voz  
de los de abajo,  
de la entraña de los obreros  
del mundo entero.

¡Viva  
el Partido  
que construye el comunismo!  
¡Viva la insurrección  
por el Poder  
de los Soviets!-.

Por vez primera,  
ante una multitud enfervorizada,  
surgió  
de pronto ante nosotros,  
muy cercana,  
allí mismo,  
como la cosa más sencilla,  
la inaccesible palabra:  
“socialismo”.

Allí mismo,  
llegando de las fábricas en fragores,  
cubriendo toda  
la bóveda celeste  
de fuertes resplandores,

anunciando el mañana,  
alzóse la futura  
comuna de los trabajadores,  
sin burgueses,  
sin proletarios,  
sin esclavos y sin señores.

En la red espesa,  
de cuerdas  
conciliadoras trenzada,  
las palabras de Ilich  
caían como golpes de hacha.

Rugidos  
de derrumbes  
cortaban sus palabras:

“¡Bien dicho, Lenin!  
¡Verdad!  
¡Es hora ya!”.

La casa  
que a la Kszesínskaya<sup>27</sup>  
regaló el zar  
por su lascivo pernear,  
está ahora llena  
de blusas obreras.

Allí, la multitud fabril  
fluye como una ría,

allí se templa  
    en la gran fragua leninista.  
“Come dulces piñas  
    y zámplate ortegas,  
que tu hora postrera,  
    burgués, ya te llega”.  
Ya nos encaramamos  
    a los que están sentados  
    en la silla del amo:  
¿Qué tal vivís,  
    qué engullís ahí?  
Para probar,  
    en Julio<sup>28</sup>,  
la garganta y la panza  
    les empezamos a palpar.  
Los burgueses enseñaron los dientes  
    inmediatamente.  
—¡El esclavo se ha sublevado!  
    ¡Que su sangre  
    salte a latigazos!—  
Y con la manecita  
    de Kerenski,  
    la orden quedó escrita;  
¡A Lenin fusilad!<sup>29</sup>  
    ¡A Zinóviev<sup>30</sup> encerrad!

Y el Partido,  
de nuevo,  
pasó a la clandestinidad.  
Ilich está en Razliv,  
Ilich está en Finlandia.  
Pero ni la buhardilla,  
ni el campo,  
ni la choza  
entregarán  
el jefe  
a la banda rabiosa.  
A Lenin no se le ve ahora,  
pero está muy cercano.  
Por la forma  
en que avanza el trabajo,  
percibe ya la vista,  
el rector  
pensamiento leninista,  
se percibe  
de Lenin  
la guiadora mano.  
Para sus palabras,  
el terreno es el más apropiado:  
caen como la semilla  
y, al instante,

en acciones germinan,  
y junto  
al hombro  
del obrero,  
brotan millones  
de hombros de gente campesina.  
Y cuando  
solo  
ya quedaba ir a las barricadas,  
tras de fijar  
un día  
entre la fila de semanas,  
de modo inesperado,  
Lenin  
se presentó en Petrogrado:  
—¡Camaradas,  
basta ya de largas!  
El yugo del capital,  
el monstruo del hambre,  
el bandidaje de la guerra,  
la intervención rapaz,  
después parecerán  
—¡así será!—  
más pálidos que los lunares  
de esa vieja abuela

que es la historia de la antigüedad-.

Y al mirar  
a estos días,  
desde allá,  
la cabeza  
de Lenin  
será lo primero que se verá.

Este  
es el paso resplandeciente  
de la esclavitud odiada,  
durante miríadas,  
a los siglos  
de la comuna ansiada.

Pasarán  
los años actuales,  
con dolores y pesares,  
y el verano de la comuna  
caldeará los años,  
y la felicidad,  
como el dulzor  
del fruto que nos nutre,  
madurará  
en las rojas  
flores de Octubre.

Y entonces,

a los que los mandatos  
de Lenin lean,  
al hojear  
las páginas  
de los decretos, amarillentas,  
les brotarán  
las lágrimas,  
aunque costumbre ya no sea,  
y de emoción,  
golpeará en sus sienes  
la sangre de sus venas.  
Al hacer  
el resumen  
de todo lo vivido  
y buscar en los días  
el más resplandeciente,  
recuerdo siempre  
el mismo:  
el primero,  
el día veinticinco.  
El zigzagueo  
de las bayonetas,  
cual rayos en el cielo,  
los marineros,  
que con las bombas juegan,

como si pelotas fueran.  
 Y del recio fragor,  
     el Smolny<sup>31</sup>  
                     retiembla, todo en ebullición.  
 Abajo, con la canana en banderola,  
     los hombres de las ametralladoras.  
 —El camarada  
     Stalin  
                     le llama.  
 La tercera,  
     a la derecha,  
                     allí se encuentra.  
 —¡Camaradas,  
     seguid!  
                     ¿Qué hacéis parados ahí?  
 —¡En los blindados,  
     a Correos, venga!  
 —¡El camarada  
     Trotsky<sup>32</sup> lo ordena!  
 —¡Comprendido!—  
     dio la vuelta  
                     y partió a la carrera;  
 solo, bajo una lámpara,  
                     brilló fugaz:  
     “Aurora”<sup>33</sup>

en la cinta  
de la gorra  
marinera.



Este corre ligero, orden en mano,  
aquel a un grupo que discute se ha acercado.  
Otro más,  
el fusil apoyado en la rodilla,  
el cerrojo hace chasquear.

Viniendo  
de otro extremo del pasillo,  
Lenin  
pasó,  
desapercibido.

Los soldados  
ya por Ilich  
a combates llevados,  
pero  
sin conocerle aún  
por los retratos,  
se empujaban,  
vociferaban,  
lanzándose sin cesar  
palabras más cortantes  
que las navajas de afeitar.

Y en medio de aquella ansiada  
tempestad de hierro,  
Ilich,  
que incluso parecía  
soñoliento,  
andaba,  
se detenía  
y, entornando un ojo,  
clavaba  
la mirada,  
con las manos cruzadas a la espalda.  
En un muchacho  
con polainas  
y cabellera alborotada  
fijó la mirada,  
que nunca el blanco erraba,  
que parecía  
sacar el corazón  
de debajo de las palabras  
y extraer  
de debajo  
de las frases el alma.  
Y yo sabía  
que todo había sido  
descubierto y comprendido,

que la mirada  
                    aquella  
                                    captaría también, seguramente,  
el grito de los campesinos,  
                    los clamores del frente,  
los anhelos,  
            en la Nóbel y en la Putílov, de los obreros.  
En momento,  
            centenas de provincias  
                                    removía en su cerebro,  
y mil quinientos  
                    millones  
                                    de hombres llevaba en él, certero.  
En  
            una sola noche  
                                    podía sopesar  
  el mundo entero,  
y a la mañana siguiente:  
—¡A todos!  
                                    ¡A todos!  
  ¡A todos os digo!,  
a los frentes,  
            de sangre ebrios,  
a los esclavos  
            de todo género

entregados,  
    vendidos a los ricos:  
El Poder a los Soviets!  
¡Tierra a los campesinos!  
¡Paz a los pueblos!  
¡Pan a los hambrientos!  
Los burgueses  
    todo esto leyeron,  
                                y se dijeron:  
                                –Ya lo atraparemos–  
sacaron las barrigas,  
    repletas de argumentos de peso–:  
Dujonin y Kornílov<sup>34</sup>,  
    Guchkov y Kerenski  
ya les enseñarán a esos  
                                lo que es bueno.  
Pero el frente,  
    sin combate,  
                                lo tomaron las palabras aquellas,  
llenáronse  
    en seguida  
                                las ciudades y aldeas  
de decretos<sup>35</sup>  
    que prendieron fuego  
                                hasta en los corazones de los analfabetos.

Sabemos

que nosotros,  
y no ellos,

les hemos enseñado

“lo que es bueno”.

Corría de cercanos

a lejanos, y de lejanos,

a otros de más allá,

haciendo los corazones estallar:

“¡Paz a las chozas,

guerra

a los palacios,

guerra sin piedad!”.

Se luchaba

en cada taller, en cada fábrica;

a paletadas,

de las ciudades se les arrojaba,

mientras

Octubre a su paso dejaba

llameantes jalones:

las fincas

incendiadas de los nobles.

La tierra,

lecho para los corporales castigos,

la agarró

el campesino,  
como un cacho de pan,  
con todos sus ríos y cerros,  
hizo de ella un hatillo  
y lo apretó  
con sus nudosos dedos.  
Puestas las gafas,  
los de los puños almidonados,  
escupiendo su rabia,  
se arrastraron  
hacia los reinos y los condados.  
¡Puente de plata!  
¡No volváis más!  
A cada  
cocinera,  
¡le enseñaremos a gobernar!



Vivíamos  
todavía  
la época de las octavillas.  
De las trincheras  
volaba  
a las orejas alemanas:

—¡Ya es hora de acabar!  
¡Salid a confraternizar!  
Y el frente corría  
hacia los caracoles  
de los vagones de mercancías.  
¿Acaso se podía,  
con un puño crispado  
parar aquel torrente desbordado?  
A veces, parecía  
que la barquilla iba a zozobrar  
y que la bota de Guillermo,  
de espuelas más agudas que las de Nicolás,  
las fronteras  
del País de los Soviets iba a borrar.  
Surgieron los eseristas  
con las capas desplegadas,  
enredando en su vanilocuencia  
a los que raudos escapaban,  
incitando  
a abatir  
a los monstruos de acero,  
bellamente,  
con la estúpida  
espada del caballero.

A los  
que se engallaron,  
Ilich les gritó:  
—¡Quietos!

Que el Partido  
cargue también  
con este peso.

El abyecto  
respiro de Brest<sup>36</sup> tomaremos.

Perderemos espacio,  
mas ganaremos tiempo.

Para  
no perecer  
en el respiro,  
y poder afirmar:  
—Recordarán los golpes míos—,

antes  
de adiestrarte,  
tu conciencia adiestra,  
y en las filas  
del Ejército Rojo  
forma con firmeza.



Los historiadores  
los carteles de la hidra<sup>37</sup> arrancarán:  
—¿Existía esa hidra  
en realidad?—.

Mas nosotros  
la conocimos  
de verdad,  
en todo  
su tamaño natural.

“Por el Poder de los Soviets  
a combatir iremos,  
y, luchando por él,  
¡morir sabremos!”  
Viene Denikin.

A Denikin se le echará,  
y el hogar que el cañón abatió  
a alzarse volverá.

Ya tenéis a Wrángel aquí,  
para a Denikin sustituir;  
al barón se le arrojará,  
y llegará Kolchak<sup>38</sup>.

Dormíamos en los charcos,  
comíamos cortezas,  
pero avanzábamos,  
cual millones de rojas estrellas,

y cada uno a Ilich dentro llevaba,  
de cada uno Ilich se preocupaba  
en un frente  
de once mil verstas.

Once mil verstas  
en circunferencia,  
¿pero cuántas, cruzando  
a lo largo y a lo ancho?

Pues cada casa  
atacar se debía,  
cada puerta  
a un enemigo  
escondía.

El monárquico y el eserista  
acechaban noche y día:  
a veces, te mordían cual serpientes,  
otras, de un tajo te partían.

¿La fábrica  
de Mijelsón,  
sabes dónde está?

Por la sangre  
de las heridas  
de Ilich<sup>39</sup> la encontrarás.

Los eseristas  
no saben

apuntar muy bien:  
al disparar,  
se dieron  
ellos mismos en la sien.  
Pero más espantoso que las bombas  
y las balas de las pistolas,  
es el asedio del hambre,  
del tifus implacable.  
Mirad  
cómo revolotean  
las moscas sobre las migajas;  
tienen menos hambre  
que nosotros  
el año diez y ocho:  
a pie firme,  
en la calle fría,  
para una ochava mísera,  
aguardábamos  
todo un día.  
Aunque me enchironen  
y hagan padecer,  
¡por una patata vendo patata vendo yo una fábrica,  
si la compra usted!  
Y los arsenales,  
con una decena de naves

mayores,  
    aullaban jadeantes  
        haciendo encendedores.  
Mientras los kulaks<sup>40</sup>  
    tenían mantequilla y panecillos.  
Su cálculo  
    era seguro y sencillo:  
esconder el grano  
    en buen lugar  
y enterrar los billetes  
    de Kerenski y Nicolás.  
Sabemos  
    que el hambre  
        todo se lo lleva,  
el trance requiere dureza  
    y no una blandura de cera,  
y Lenin  
    contra los kulaks arremete  
        sin vacilación  
con los destacamentos de abastecimiento  
    y el sistema de contingentación.  
En situación  
    como esa,  
        la palabra “demócrata”



A estribor  
     nos inclinan  
 cien millones  
     de carga campesina.  
 Los enemigos  
     aúllan de entusiasmo,  
 pero tan solo  
     Ilich sabía y podía evitarlo:  
 de pronto,  
     en veinte rumbos,  
     vuelta le dio al timón,  
 con girar  
     de la rueda repentino y diestro.  
 Y se hizo, al momento,  
     asombroso silencio;  
 los campesinos,  
     en carros,  
     al muelle traen el grano.

Letreros habituales se ven

—Compra—

—Venta—

NEP<sup>41</sup>.

Lenin entornó los ojos:

    —Arreglaos por ahora,  
 aprended a medir,

si no lo hacéis,  
nada valdréis.

La costa

acunaba

a la tripulación cansada.

Estamos habituados a la tormenta,

¿qué trampa es esta?

Ilich

a una bahía profunda

señaló certero,

y encontró

el punto exacto

del amarradero,

y suavemente,

en el mundo,

en los *docks* de la construcción,

el coloso

de las Repúblicas Soviéticas entró.

Y el propio

Lenin

llevaba

a la brecha

la madera

y el hierro

para su arreglo.

Como planchas de acero,  
levantaba  
y medía  
los trusts,  
las tiendas  
y las cooperativas.  
Y otra vez  
Lenin  
se convierte en timonel;  
luces por las bordas,  
a proa y a popa.  
Ahora,  
de los abordajes y de los asaltos,  
pasemos  
al asedio  
del trabajo.  
Retrocedimos  
después  
de hacer los cálculos exactos.  
Al que se descompuso,  
lo arrojamos  
del barco.  
Ahora, ¡adelante!  
El retroceso ha terminado.  
PCR<sup>42</sup>,  
¡a bordo la tripulación!



sobre el mundo entero,  
aunque  
    más vale hacerlo,  
que  
    escribir de ello.  
Ahora,  
    cuando bebemos  
                    o comemos,  
o a la fábrica de todos  
                    volvemos,  
                            después del almuerzo,  
sabemos  
    que el proletariado es el vencedor  
y que Lenin  
    es de las victorias organizador.  
De la Komintern  
    a los kopeks tintineantes  
con la hoz y el martillo  
    en el cobre flamante,  
una sola epopeya  
    no está escrita en la historia:  
el caminar de Ilich  
    de victoria en victoria.  
Las revoluciones  
    son pesada cosa;

uno no la levanta,  
    las piernas se le doblan.  
Pero Lenin  
    era el primero  
        entre los primeros  
por la fuerza de su voluntad  
    y la palanca de su intelecto.  
Uno tras otro,  
    los países se alzaban,  
y la mano de Ilich,  
    precisa, señalaba:  
los pueblos  
    –el de color,  
        el blanco  
            y el negro–  
bajo las banderas  
    de la Komintern forman sin miedo.  
Las columnas del imperialismo,  
    sus sillares profundos:  
los burgueses  
    de las cinco partes del mundo,  
cortesés,  
    los sombreros de copa  
        y coronas se quitan  
y ante la República  
    Soviética de Ilich se inclinan.

Los esfuerzos  
de nadie  
no nos causan espanto,  
adelante  
veloces vamos  
como locomotora el trabajo...  
y de pronto,  
la tremenda noticia nos cayó:  
A Ilich un ataque  
le dio.



Si en un museo  
se exhibiera a un bolchevique  
vertiendo lágrimas,  
el museo estaría  
todo el día  
lleno de papanatas.  
Sería natural,  
¡pues tales cuadros  
no se han visto jamás!  
Los *panis* a fuego nos marcaban  
la estrella de cinco puntas  
en la espalda.  
Las bandas  
de Mámontov vivos nos enterraban  
dejando solo la cabeza  
fuera de la tierra.  
En los fogones de las locomotoras  
los japoneses nos quemaban,  
de estaño y plomo derretidos la boca nos llenaban.  
Rugían: —¡Abjurad ahora mismo!—.  
Pero  
de las ardientes gargantas  
solo salían tres palabras:  
—¡Viva el comunismo!—.  
Butaca tras butaca,  
fila tras fila,

este hierro  
este acero  
irrupía,  
el veintidós de enero,  
en el edificio de cinco pisos  
del Congreso de los Soviets.  
Se sentaban,  
bromeaban,  
resolvían,  
de paso,  
asuntos cotidianos.  
¡Ya es hora de empezar!  
¿Por qué tardarán tanto?  
¿Por qué  
la presidencia tiene claros,  
como un bosque talado?  
¿Por qué los ojos  
están más rojos  
que los palcos?  
¿Qué le pasa a Kalinin<sup>43</sup>?  
Apenas se mantiene en pie.  
¿Una desgracia?  
¿Cuál?  
¡No puede ser!  
¿Y si a él...?  
¡No!

¡¡Imposible es!!

Sobre nosotros  
el techo

empezó a descender como un cuervo.

Inclináronse las cabezas a la par,

¡inclinadlas más!

De pronto, las luces derramadas

de las arañas se estremecieron

y negras se volvieron.

Apagose

el tintineo inútil de la campanilla.

Sobreponiéndose,

Kalinin se levantó.

No es posible tragarse las lágrimas

que caen del bigote y las mejillas.

Le han traicionado.

Brillan ya en la perilla.

Los pensamientos, confundidos,

oprimen la cabeza,

la sangre a las sienes se eleva,

y borbotea en sus venas.

—Ayer,

a las seis y cincuenta,

¡falleció el camarada Lenin!



Este año  
    ha presenciado  
        lo que jamás verán cien años.

Un solo día  
    para los siglos  
        queda,  
                como una triste leyenda.

El horror  
    un gemido  
        del hierro arrancó.

El sollozo  
        por los bolcheviques se esparció.

El dolor, ¡cuánto pesaba!  
    Ellos mismos,  
        como fardos,  
                a la calle se sacaban.

Para enterarse:  
    ¿Cuándo y cómo?  
        ¿Por qué lo callan?

Por calles  
    y callejas,  
        como un catafalco,  
avanza flotante  
    el Gran Teatro.

La alegría  
se arrastra como el caracol.  
El correr  
de las penas es veloz.  
¡No hay ya barras  
de hielo ni de sol!  
Por la criba  
de los periódicos cernida,  
negra harina  
de nieve todo lo cubrió.  
Junto al torno,  
la noticia,  
se abalanzó sobre el obrero.  
Entró como una bala en el cerebro.  
Como de un vaso volcado,  
las lágrimas, al momento,  
cayeron sobre el instrumento.  
Y el *mujik*,  
habitado al pesar,  
a mirar  
a la muerte  
sin pestañear,  
les volvió a las mujeres la espalda,  
pero le traicionó  
la cara,  
sucia del puño que la restregara.

Hasta hombres de pedernal,  
se mordieron  
                  haciéndolos sangrar.  
Los niños  
          se pusieron serios como ancianos,  
y como niños  
          los ancianos lloraron.  
El viento  
          aullaba en vela  
                  por toda la tierra,  
que no acababa  
          de comprender,  
                  en su estupefacción,  
que en Moscú,  
          en una diminuta  
                  y fría habitación  
yacía en su ataúd,  
                  el hijo y padre de la Revolución.  
Murió,  
          murió,  
                  murió.  
                          ¿A quién  
vamos a convencer?  
                  Bajo el cristal,  
                          verá...

Desde la  
    Paveletski,  
        lo llevan  
por la ciudad  
    que él tomó a los señores.  
La calle  
    es como una cruel herida,  
gimiente toda,  
    toda dolorida.  
Aquí  
    cada piedra  
        a Lenin conoce  
por la reciedumbre  
    de los primeros  
        ataques de Octubre.  
Aquí  
    cuanto  
        está bordado  
            en cada bandera,  
por él fue ideado,  
    por él fue mandado.  
Aquí  
    cada torre  
        a Lenin ha oído,  
y le seguiría,

sin miedos,  
a través del humo y del fuego.

Aquí  
a Lenin  
conoce  
cada obrero,  
ponedle las ramas de abeto  
de los corazones vuestros.

Él al combate conducía,  
la victoria predecía,  
y ya ves:  
el proletariado  
dueño de todo es.

Aquí  
cada campesino  
el nombre de Lenin  
lo inscribió en su corazón,  
como en el Santoral,  
con amor aún mayor.

Él dispuso  
que llamasen suyas  
las tierras  
con que los abuelos,  
a latigazos muertos,  
sueñan en sus féretros.

Y el susurro  
de los comuneros parece  
que brota  
de la Plaza Roja:  
—¡Querido, bien amado!  
Vive,  
que mayor ventura  
no necesitamos:  
¡Cien veces combatiremos  
y en las tumbas reposaremos!—  
Si las palabras  
de un taumaturgo  
ahora resonaran,  
para que muriéramos  
y él se despertara;  
la presa de la calle  
todas sus compuertas abriría  
y el gentío,  
con canciones,  
a la muerte se lanzaría.  
Pero no hay milagros,  
y soñar con ellos no conduce a nada.  
No hay más que Lenin,  
el ataúd  
y las espaldas encorvadas.

Él era humano,  
    hasta el fin, en sumo grado;  
llévalo  
    y atórméntate  
        con un dolor humano.

Jamás  
    llevaron  
        nuestros océanos  
un peso  
    tanpreciado  
        como este ataúd rojo  
que hoy navega hacia  
        la Casa de los Sindicatos  
a hombros  
    de las marchas y de los sollozos.

Aún  
    su escolta  
        de honor hacía  
la severa guardia  
    de temple leninista,  
y ya la gente  
    aguardaba,  
        a pie firme clavada,  
a lo largo de toda  
    la Tverskaya  
    y de la Dimítrovka.

El diez y siete,  
a veces,  
a las hijas a la cola  
del pan no las mandabas:  
¡Comeremos mañana!  
Pero esta  
cola de espanto  
y de frío  
la hicieron todos, con sus enfermos  
y con sus hijitos.  
Alineábanse juntos  
el campo y la ciudad.  
Con acentos viriles  
o llantos infantiles  
vibraba su pesar.  
Como un resumen vivo  
de la vida de Lenin,  
en singular  
parada,  
la tierra del trabajo desfilaba.  
Sale un sol amarillo  
que lanza al pie  
sus rayos  
esmaltados y oblicuos.

Como

aturdidos,

llorando sus anhelos,

e inclinándose afligidos,

pasan los chinos.

Las noches

emergían

sobre las espaldas de los días,

cambiando horas,

confundiendo fechas.

Parecía

que no había

ni noche ni estrellas,

sino que, doloridos,

sobre Lenin plañían,

los negros de Estados Unidos.

Una inaudita helada

las suelas quemaba.

Y apretujada, compacta,

la gente

el día entero aguanta.

Ni a dar

palmadas,

para calentarse,

nadie se atreve;

sería inoportuno,  
no se debe.  
La helada nos agarra  
y nos arrastra  
como si averiguara  
hasta qué grado  
en el amor estamos templados.  
Se hinca en las multitudes.  
Entre las apreturas se enreda,  
con el gentío penetra  
y atrás las columnas deja.  
Los escalones crecen  
y en arrecife se convierten.  
Pero al punto  
se cortan  
el aliento y el canto,  
y avanzar nos da espanto:  
ante los pies hay un abismo,  
sin fondo y extraño,  
de cuatro peldaños.  
Abismo que separa  
de cien generaciones esclavas,  
de donde se conoce solo  
la sonora razón del oro.

El abismo  
y su borde  
son el ataúd y Lenin,  
y más lejos,  
la comuna,  
en todo el horizonte.  
¡¿Qué verás?!

Su frente nada más  
y a Nadiezhda Konstantínovna<sup>44</sup>  
en la neblina  
tras...

Quizá  
unos ojos secos  
pudieran ver más.

Pero  
los míos  
no eran de esos.

Inclínase  
la seda  
de las flotantes banderas  
rindiéndole  
las honras postreras:  
“Adiós, camarada,  
honradamente has recorrido  
tu noble y glorioso camino”.

Da espanto.

Cierra los ojos  
y no mires

abajo,

como si

por el alambre fueses pasando.

Como si,

por un minuto,

quedases

en soledad

con la única,

con la inmensa verdad.



Soy dichoso.

El agua rumorosa de la marcha

lleva mi cuerpo,

que ya no pesa nada.

Yo sé

que desde ahora

y para siempre

guardaré

este minuto,

este precisamente.

Soy dichoso,

porque

soy una partícula de esta fuerza,  
porque son de todos  
hasta las lágrimas de los ojos.  
No es posible comulgar  
con más creencia,  
con mayor pureza,  
que con este sentimiento grande  
que se llama:  
¡clase!

Las banderas  
de nuevo  
sus alas abaten  
para alzarse  
mañana  
otra vez al combate.

“Tus ojos de águila nosotros  
cerramos amorosos”.  
Hombro con hombro,  
para no caer,  
con los párpados rojos  
y enlutadas banderas,  
iban a despedirse  
de Ilich por vez postrera,  
y junto al mausoleo,  
el paso se hacía lento.

Cumplíase el ceremonial.

Discursos.

Que hablen, bien está.

Lo malo

es que un minuto

es poco:

¿se puede

en ese espacio

abarcar por entero al amado?

Pasan

y miran

con temor hacia arriba,

al círculo negro,

de nieve polvoriento.

¡Con qué celeridad

saltan

las agujas de la Spásskaya<sup>45</sup>!

Un minuto, y el salto

a las últimas cuatro.

¡Quietos,

por un minuto,

ante esta noticia!

¡Deteneos,

movimiento y vida!

Los que el martillo habéis alzado,

paraos.

¡Detente, Tierra,  
y quédate quieta!  
Silencio.  
El camino más grande ha terminado.  
Un cañonazo resuena,  
millares tal vez sean.  
Y el cañoneo  
tan solo parecía  
un tintineo fino  
de monedas  
en el bolsillo  
de un mendigo.  
Dilatados,  
hasta sentir dolor,  
los ojos ciegos,  
medio helado,  
estoy parado y sin aliento.  
Ante mí,  
por  
las banderas alumbrado,  
se alza sombrío  
e inmóvil  
el globo terráqueo.  
Y sobre el mundo,  
el ataúd, inerte y mudo.

Junto a él estamos  
los representantes  
del género humano,  
para que con tormentas de insurrecciones,  
de poemas y acciones,  
difundamos  
cuanto hemos presenciado.



Pero  
de pronto,  
de lejos,  
de lo rojo,  
en la helada  
y en nuestra silenciosa guardia,  
una voz de –Murálov quizá–  
nos manda:  
“¡De frente, march!”.  
La orden  
no hacía falta:  
más lentos,  
más a un tiempo,  
más fuerte el aliento,  
arrastrando  
con trabajo

el pesado cuerpo,  
plaza abajo,  
martillamos  
ya el paso.  
Cada bandera,  
con manos firmes  
empuñada,  
sobre las cabezas  
de nuevo se alza.  
Y el torrente  
de pasos se extiende  
con girar potente  
e irrumpe profundo  
en el pensar del mundo.  
Pensamiento de todos,  
en un eslabonado,  
de obreros,  
campesinos  
y valientes soldados:  
“¡Sin Lenin,  
la República  
lo pasará mal!  
Hay que sustituirlo pronto,  
pero, ¿con quién?  
¿Y cómo?

¡Basta  
de estar tumbados  
en el colchón de chinches plagado!  
—¡Camarada Secretario!  
Toma,  
aquí tienes:  
pedimos nos inscribas  
en una célula del PCR,  
a todos a la vez,  
a la fábrica entera,  
colectivamente...  
Observan  
los burgueses,  
abiertos los ojuelos,  
del fragor de los pasos  
tiemblan de miedo.  
De los tornos calientes  
cuatrocientos mil  
vienen.  
Es la primera corona  
que el Partido  
le trae a Lenin.  
—Camarada Secretario,  
coge la pluma...  
Dicen que nos relevan...

Que es necesario...

Soy viejo ya,  
a mi nieto tomad,  
mándalo al Komsomol,  
no se quedará atrás-.

Flota patrocinada,  
leva tus anclas,  
los topos  
submarinos  
a la mar se hagan.



“Navegar,  
navegar;  
hoy aquí,  
mañana allá”.

¡Sol, sube más alto!  
Y testigo serás.

El luto de los labios  
apresúrate a desarrugar.

Al paso  
de los mayores,  
los niños van:

Trá-ta-ta-tá-ta  
tá-ta-ta-tá.

“¡Un,  
dos,  
tres!  
Somos pioneros.  
A los fascistas no tememos,  
contra las bayonetas iremos”.  
En vano  
el puño de Europa se ha levantado.  
Nuestro estruendo los aplastará.  
¡No lo intentéis!  
¡Atrás!

La misma  
muerte  
de Ilich se convirtió  
en el  
más grande  
comunista-organizador.  
Sobre  
las chimeneas  
de este bosque descomunal,  
en el asta,  
por millones de manos  
formada,  
sobre la Plaza Roja,  
la bandera roja,

con impulso  
tremendo levantada,  
ya se alza soberana.  
Desde esta bandera, desde  
cada uno de sus pliegues,  
Lenin,  
de nuevo  
vivo, llama:  
—¡Proletarios,  
formad,  
para la lucha final!  
¡Esclavos,  
enderezad  
la espalda y las rodillas!  
¡Ejército de los proletarios,  
álzate en compactas filas!  
¡Viva la Revolución,  
cercana, de alegría llena!  
Esta es  
la única  
gran guerra  
de cuantas  
la historia conociera.

## Notas

<sup>1</sup> Félix Edmúndovich Dzerzhinski: en aquellos años, comisario del pueblo del interior, fiel discípulo de Lenin y su compañero de lucha, paladín de la revolución.

<sup>2</sup> Cheka: Comisión Extraordinaria para la lucha contra la Contrarrevolución. Encabezada por F. Dzerzhinski, la Cheka descubrió y liquidó una serie de complots antisoviéticos en los primeros años del poder soviético.

<sup>3</sup> La Sala de las Columnas de la Casa de los Sindicatos: edificio histórico, situado en la parte central de Moscú. En este edificio se celebran los actos solemnes más importantes de carácter social. Allí, en enero de 1924, se encontraba el féretro con los restos mortales de V. I. Lenin, para que el pueblo pudiera darle su último adiós.

<sup>4</sup> Fábricas Bromley y Guzhón: fábricas de construcción de maquinaria que pertenecían al capital extranjero. Nacionalizadas y reconstruidas después de la revolución, ya no llevan esos nombres.

<sup>5</sup> Eliséiev: antes de la revolución, dueño de una gran empresa comercial que tenía filiales en las ciudades más grandes de Rusia.

<sup>6</sup> Ivánovo-Voznesensk (hoy Ivánovo): importante centro textil cuyos trabajadores, durante muchos años, se declararon en huelga y participaron en sublevaciones revolucionarias.

<sup>7</sup> Stepán Razin: caudillo del levantamiento campesino del siglo XVII.

<sup>8</sup> Primer ministro francés Thiers: uno de los verdugos de la Comuna de París en 1871.

<sup>9</sup> Alexandr Uliánov, narodovolets: miembro de la sociedad revolucionaria “*Naródnaya Volia*”, fue detenido en la víspera del atentado contra el zar, juzgado por el tribunal militar y ahorcado en la fortaleza de Schliselburgo, lugar de ejecución de muchos revolucionarios rusos.

<sup>10</sup> La Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera: la primera organización obrera marxista en Rusia, embrión del Partido Comunista.

<sup>11</sup> Vladímírka: camino por el cual los presos políticos desterrados iban de Moscú a Siberia.

<sup>12</sup> Hace referencia al estado eslavo antiguo, conocido como la Rus de Kiev. Los pueblos de Bielorrusia, Ucrania y Rusia reivindican a la Rus de Kiev como el origen de su legado cultural (N. del E.).

<sup>13</sup> Eseristas (socialistas revolucionarios): pequeñoburgueses que propugnaban el terror individual; después de la Revolución de 1917, se convirtieron en una organización clandestina que luchó contra el poder soviético.

<sup>14</sup> El 9 de enero de 1905: este día el gobierno zarista ametralló a una pacífica procesión de obreros de San Petersburgo, cuando se dirigían al palacio del zar a entregarle una petición.

<sup>15</sup> Gapón: provocador, agente de la Ojrana zarista. Desde 1903, se ocupaba de formar organizaciones seudoobreras bajo la tutela de los gendarmes y la policía. Ayudó a la Ojrana zarista organizar el ametrallamiento de los obreros el 9 de enero de 1905, con el fin de ahogar en sangre el movimiento obrero.

<sup>16</sup> Mukdén y Tsusima: lugares de las batallas más importantes de la guerra rusojaponesa (1904-1905), en las cuales la flota y el ejército rusos fueron derrotados. Estas batallas revelaron la completa descomposición del régimen estatal y social de la Rusia zarista.

<sup>17</sup> Presnia: barrio industrial de Moscú, donde tuvieron lugar los primeros combates de calle que anunciaron el comienzo de la revolución de 1905.

<sup>18</sup> Después de la derrota de la revolución de 1905, una parte de los intelectuales, partidarios de la revolución, se desanimaron y, traicionando al movimiento revolucionario, se adhirieron a los “buscadores de Dios”, que propugnaban el misticismo religioso.

<sup>19</sup> J. Plejánov: destacado teórico marxista que durante la revolución de 1905 se desvió a la derecha y se separó definitivamente de Lenin. Uno de los fundadores del ala oportunista, menchevique, de la socialdemocracia rusa.

<sup>20</sup> Poltava [1709, Ucrania] y Plevna [1877, Bulgaria]: lugares de las históricas batallas del ejército ruso.

<sup>21</sup> Zimmerwald: ciudad suiza donde en 1915 se celebró la Conferencia Socialista Internacional, en la cual el grupo de izquierda, encabezado

por Lenin, se pronunció decididamente en contra de la matanza imperialista.

<sup>22</sup> Hohenzollern: dinastía de los emperadores alemanes a la cual pertenecía Guillermo II.

<sup>23</sup> Avenida Nevski [del Neva]: avenida principal de San Petersburgo (hoy de Leningrado).

[La actual ciudad de San Petersburgo fue fundada con ese mismo nombre en 1703. En 1914 cambió su denominación a Petrogrado. Entre 1924 y 1991 llevó el nombre de Leningrado. En 1991 volvió a llamarse San Petersburgo, aunque en los eventos relacionados con la memoria de la Segunda Guerra Mundial, y especialmente con el sitio nazi a la ciudad —que duró más de dos años y cuatro meses— se utiliza de forma oficial la denominación «Leningrado, ciudad heroica». En esta edición hemos decidido conservar las diferentes denominaciones utilizadas por la Ed. Progreso (Nota a la edición en español)]

<sup>24</sup> Miliukov, P. N.: durante la primera guerra mundial, uno de los cabecillas de la contrarrevolución burguesa rusa, partidario acérrimo de llevar la guerra hasta el fin victorioso y de anexionar a Rusia el estrecho de los Dardanelos.

<sup>25</sup> Sávinkov B.: uno de los líderes del partido de los eseristas, provocador; después de la Revolución de Octubre, organizador de varios alzamientos contra el poder soviético.

<sup>26</sup> Avenida de Liteiny: una de las calles principales de Leningrado.

<sup>27</sup> Kszesínskaya: bailarina, amante del zar; su palacio fue ocupado por el pueblo revolucionario.

<sup>28</sup> Manifestación de julio [3-4 de julio de 1917]: manifestación pacífica de los obreros, soldados y marinos petrogradenses, cuya consigna era: “¡Todo el poder a los Soviets!”. Fue ametrallada por orden del Gobierno Provisional.

<sup>29</sup> En agosto de 1917, el primer ministro Kerenski firmó la orden de detener a Lenin con el propósito de asesinarlo.

<sup>30</sup> Zinóviev, E. G.: participó en el movimiento socialdemócrata ruso desde 1901. Después del II Congreso del Posdr en 1903, se adhirió a los bolcheviques. Después de la Revolución, uno de los líderes del bloque antipartido trotskistaz-inovievista.

<sup>31</sup> Smolny: sede del Soviet de Petrogrado (hoy de Leningrado); Estado Mayor de la insurrección armada de Octubre.

<sup>32</sup> Trotski, L. D.: encabezaba una “corriente centrista” (trotskismo) en la socialdemocracia rusa. Poco antes de la Revolución de Octubre de 1917, en pleno auge revolucionario, ingresó en el Partido Bolchevique y formó parte de su Comité Central.

<sup>33</sup> “Aurora”: acorazado, cuya célebre salva anunció el comienzo de la Revolución de Octubre.

<sup>34</sup> Kornílov y Dujonin, generales blancos y Guchkov, ministro del Gobierno provisional, encabezaron una sublevación contrarrevolucionaria.

<sup>35</sup> Los decretos sobre la paz y sobre la tierra y la disposición sobre la formación del gobierno obrero y campesino fueron los primeros documentos legislativos promulgados por el gobierno revolucionario.

<sup>36</sup> El joven Estado soviético tuvo que firmar un tratado inicuo con Alemania, que estuvo en vigor durante un período muy corto y se anuló en noviembre de 1918, al estallar la revolución en Alemania que destronó a Guillermo II.

<sup>37</sup> Durante la guerra civil, los caricaturistas representaban al imperialismo como una hidra de muchas cabezas.

<sup>38</sup> El general Denikin dirigía la primera ofensiva de importancia de los blancos contra la República Soviética desde el Sur; al ser derrotado Denikin, el barón Wrángel entró en las estepas ucranianas por la parte de Crimea. El almirante Kolchak encabezó los ejércitos blancos en Siberia. Respaldados por los imperialistas de Occidente, trataban de estrangular el Estado soviético. Los resultados de sus tentativas son conocidos por todo el mundo.

<sup>39</sup> En 1918, la eserista Kaplán cometió un criminal atentado contra la vida de Lenin, escogiendo un momento cuando Lenin salía de la fábrica Mijelsón de Moscú, después de haber pronunciado un discurso ante los obreros de la misma.

<sup>40</sup> Kulaks: burguesía rural que se enriquecía explotando la fuerza asalariada; al sufrir el país hambre, durante la guerra civil, los kulaks escondían el trigo y otros productos, tratando de minar desde dentro el joven Estado soviético.

<sup>41</sup> NEP [Nueva política económica]: política económica que llevó a cabo el Estado soviético durante un período transitorio, encaminada a fortalecer la

alianza de la clase obrera y el campesinado y basada en la sustitución del sistema de contingentación, según el cual los campesinos entregaban al Estado todos los sobrantes de los productos agrícolas, por el impuesto en especie, sistema que permitía a los campesinos disponer libremente de estos sobrantes.

<sup>42</sup> PCR: Partido Comunista (bolchevique) de Rusia (así se llamaba el Partido Comunista de la Unión Soviética hasta 1925).

<sup>43</sup> Mijaíl Ivánovich Kalinin: uno de los más viejos compañeros de lucha de Lenin; en aquella época ocupaba el cargo de presidente del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia; más tarde, presidente del Presídium del Consejo Supremo de la URSS.

<sup>44</sup> Nadiezhda Konstantínovna Krúpshaya: esposa y fiel compañera de lucha de Lenin.

<sup>45</sup> La torre *Spásskaya* [del Salvador]: torre del Kremlin que tiene un gran reloj.



«La historia de la filosofía y la historia de las ciencias sociales enseñan con toda claridad que no hay nada en el marxismo que se parezca al "sectarismo", en el sentido de una doctrina encerrada en sí misma, rígida, surgida al margen del camino real del desarrollo de la civilización mundial. Al contrario, el genio de Marx estriba, precisamente, en haber dado solución a los problemas planteados antes por el pensamiento avanzado de la humanidad. Su doctrina apareció como continuación directa e inmediata de las doctrinas de los más grandes representantes de la filosofía, la economía política y el socialismo». V. I. Lenin.

Vladimir Ilyich Uliánov, mejor conocido como Lenin, fue el principal líder político y teórico de la revolución contra el Imperio zarista, en la Rusia de principios de siglo XX. Desde el triunfo de la Revolución, en octubre de 1917, y hasta su muerte, el 21 de enero de 1924, Lenin fue el máximo dirigente de la URSS. Estratega brillante y prolífico escritor, su figura es una referencia obligada para quienes, en el mundo entero, luchan por cambios profundos a favor del pueblo trabajador.

A 150 años de su nacimiento, ocurrido el 22 de abril de 1870, tres editoriales de diferentes países —LeftWord Books (India), Expressão Popular (Brasil) y Batalla de Ideas (Argentina)—, junto al Instituto Tricontinental de Investigación Social, nos unimos para producir este libro en su homenaje.

Este volumen contiene el ensayo de Lenin *Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo* (1913), breve introducción a los aportes más destacados del pensamiento de Carlos Marx; el poema épico en honor a Lenin escrito por Vladimir Mayakovsky (1924); y un texto de Vijay Prashad, sobre la vida y la obra de Lenin.

**BATALLA DE  
IDEAS**

ISBN 978-987-47001-0-0



9 789874 700100